



ERNAKULAM (MALABAR).—EDIFICIO-ESCUELA DE LAS CARMELITAS TERCARIAS
DESPUÉS DE LA CATÁSTROFE QUE LAS AFLIGE

Como evidencia la fotografía, el edificio queda poco menos que totalmente destruido
(Léase la siguiente correspondencia)

CARTAS DE MISIONEROS

ERNAKULAM (MALABAR)

Convento, Escuela y Asilo de Santa Teresa
de Jesús

Encarecemos á los amigos de *Las Misiones Católicas*, que lean con atención la siguiente carta, y compadeciéndose de la desgracia que aflige á esta obra tan fecunda en resultados á mayor gloria de Dios, quieran con sus limosnas ayudar á reparar el edificio en ruinas.

El día 9 de Mayo del próximo año celebrará el 25 aniversario de su fundación esta triple Institución encomendada á las Carmelitas Terciarias de la Misión de Verápoly (Malabar). La que estas líneas escribe ha recibido en ella toda su educación y ha sido testigo de vista de las obras llevadas á cabo por estas buenas Hermanas. Recíbese, pues, como sincero tributo de gratitud esta relación brevísima de los orígenes, desarrollo y estado actual de esta Institución benemérita que me atrevo á ofrecer al público.

El 9 de Mayo de 1887 llegó á esta ciudad la Fundadora, Rda. Madre Teresa, acompañada de dos hermanas suyas, quienes poco después tomaron también el velo de Carmelitas Terciarias, é inmediatamente abrió una escuela elemental de niñas en un pequeño edificio tomado en alquiler. Aquella escuela, que empezó con treinta niñas, hoy cuenta en sus bancos más de doscientas.

La reverenda Madre Fundadora, inflamada de celo y

con un espíritu de sacrificio sin límites, logró, ayudada de la caridad pública, levantar edificio para convento y escuela, pequeño y modesto, pero suficiente para las necesidades de entonces.

Más adelante, con objeto de ensanchar más la esfera de acción del colegio, la Rda. Madre Teresa, alentada noblemente y generosamente ayudada por el excelentísimo Sr. Arzobispo de Verápoly, Fr. Bernardo de Jesús, cuyo celo en esta clase de obras es bien conocido, envió á Inglaterra á una de sus hermanas para graduarse en la Universidad de Edimburgo, lo cual contribuyó para aumentar el prestigio de la Institución, cuyo número de educandas creció rápida y considerablemente. Este desarrollo trajo consigo la necesidad de un nuevo edificio, y la reverenda Madre Fundadora, que no se arredraba ante sacrificios personales cuando de promover las obras que la Providencia la había encomendado se trataba, resolvióse á partir para Europa para recoger limosnas con que poder realizar sus planes. Pero ¡ah! el hombre propone y Dios dispone. Todos saben cómo la heroica Religiosa perdió su preciosa vida en el terrible desastre ferroviario de Manganapatnam, no lejos de Madrás, el día 11 de Septiembre de 1902 (en que asimismo los excelentísimos señores Arzobispo de Verápoly y Obispo de Quilon se vieron en inminente peligro de muerte), cuando se dirigía á Bombay para tomar el vapor que debía llevarla á Inglaterra. Esto fué un golpe muy duro para su pobre Comunidad de Ernakulam, y la Institución se encontró en

20 de Octubre de 1911

un momento sumamente crítico. Pero la Providencia veló por la Comunidad y su colegio, y el brillante éxito obtenido en los exámenes afianzó el crédito de la Institución.

Al regresar de Inglaterra Sor Beatriz, hermana de la Fundadora, graduada de Doctora por la Universidad de Edimburgo, el Gobierno reconoció oficialmente la escuela como Instituto de segunda enseñanza (*High School*), y los éxitos obtenidos en los exámenes de matriculación (similar al bachillerato en España), en que nuestro colegio obtuvo el primer lugar entre los colegios de niñas el año último pasado, han asegurado el buen nombre y fama de la escuela.

Muerta la reverenda Madre Fundadora, la Providencia no nos dejó huérfanas, y deparónos una segunda madre en la Rda. Madre Verónica, cuyo corazón grande y admirables dotes de gobierno la hacen digna sucesora de la llorada Madre Teresa.



ERNAKULAM (MALABAR).—VISTA PARCIAL DEL CONVENTO, ESCUELA Y ASILO DE SANTA TERESA

La Rda. Madre Verónica emprendió la continuación del edificio para escuela que la Rda. Madre Teresa dejara comenzado, y veía ya acercarse la terminación de la obra, y aun se había ya fijado la fecha del 8 de Septiembre corriente para su inauguración, cuando con consternación de todas el día 11 de Agosto último las columnas del interior fallaron, y el edificio en que se habían gastado 8,000 rupías (cerca de 15,000 pesetas) en dos minutos quedó convertido en un montón de escombros, y en sus ruinas sepultados los sacrificios y anhelos de los años pasados y las esperanzas de los venideros. En medio de la consternación producida por la caída del edificio, las dignas hijas de la santamente heroica Teresa de Jesús han levantado los ojos al cielo, dejando escapar de sus corazones apretados por la angustia un sublime *fiat*.

Otra de las instituciones encomendadas á la caridad de estas Religiosas es el Asilo de huérfanas, que se inauguró en la misma fecha que la escuela, con dos ó tres niñas, y hoy cobija á ochenta, huérfanas unas de padre y madre, y abandonadas otras á causa de la pobreza y á veces por el mal corazón de los autores de su

existencia. Estas huerfanitas, cobijadas bajo las alas de la caridad de las hijas de Santa Teresa, reciben en la Institución, además del albergue y sustento material, enseñanza de las primeras letras y de alguna industria ú oficio, y cuando llegan á edad competente se les proporciona colocación adecuada y honrada.

Además de niñas huérfanas, estas buenas Hermanas recogen asimismo mujeres paganas, que en caso de enfermedad ú otros infortunios se ven arrojadas á la calle por sus brutales maridos ó parientes, las cuales en este santo Asilo de la Religión, oreadas con los effluvios de la virtud cristiana, rodeadas de ejemplos, tratos y consuelos á que no estaban acostumbradas, pronto abren los ojos á la verdadera fe que tales obras inspira y alienta, y piden el santo Bautismo.

El edificio de que arriba queda hecha mención se destinaba en el piso superior para clases elementales y

en el inferior para dormitorio de las huérfanas. Al presente las huérfanas están acomodadas en una casa de cabida suficiente para una familia de diez ó doce personas no más; por lo que los lectores comprenderán las incomodidades, junto con peligro de enfermedad, con que las buenas Hermanas tienen constantemente que luchar.

Esta simple relación moverá, estoy segura de ello, la caridad y generosidad de las almas cristianas á extender una mano de ayuda en esta noble obra confiada al celo y virtud de las hijas de Santa Teresa en Ernakulam, y los seres cobijados bajo su cuidado responderán á esta caridad con gratitud perenne y oraciones continuas para que el Señor, que no deja sin recompensa un vaso de agua dado en su nombre, premie con el cien doblado el óbolo ofrecido para asistir á esta Comunidad en sus necesidades presentes.

Las limosnas á este efecto pueden dirigirse por conducto del señor Director de *Las Misiones Católicas*, Barcelona, ó de cualquiera de las Comunidades de Carmelitas Descalzas de España.

Ernakulam, 4 Septiembre 1911.

Una excolegiala.

NOTICIAS VARIAS

Roma

UN Concilio armenio.—S. B., el Dr. D. Pablo Pedro XIII Terzian, patriarca católico armenio, nos escribe desde Roma:

«Después de asistir al Congreso Eucarístico celebrado en Madrid con solemnidad y pompa inolvidables, regresé á Roma para preparar nuestro Concilio Patriarcal, el cual, siguiendo las disposiciones de nuestro Santísimo Padre el Papa, se celebrará junto á los sepulcros de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo el 15 del próximo mes.

Para nuestra jerarquía es acontecimiento el más extraordinario, pues es la primera vez que todos los arzobispos y obispos armenios se reunirán en la Ciudad Santa, bajo la presidencia de su Patriarca, para reformar su Iglesia y convenir el primer estatuto jerárquico para el Patriarcado y sus dieciséis diócesis.

La carencia de este estatuto y la de una regla de conducta, nos condenaba á tal cúmulo de dificultades que esterilizaba todos nuestros esfuerzos.

Esta es la razón por la cual nuestro Santísimo Padre, con paternal benevolencia, me ha autorizado para invitar á Roma á todos nuestros Obispos, á fin de que juntos podamos estudiar los medios de reglamentarlo todo en nuestra Comunidad.

La primera obra á la que debemos consagrar todas nuestras fuerzas es á la fundación en Constantinopla de un Seminario que nos proporcione un clero instruido. También estudiaremos medios para abrir buenas escuelas en las que se forme cristiana y científicamente á la juventud y de las cuales carecemos casi por completo. Para luchar contra la mala prensa, que tan grave daño está haciendo en Turquía, Nós no contábamos con publicación alguna capaz de propagar la verdad en nuestro Patriarcado. Su Santidad el Papa se ha dignado ayudarme á remediar este grave mal, y gracias á su preciosa asistencia, hace ya algunos meses que publicamos en Roma un boletín semanal titulado *Echo Catholique*, que, andando el tiempo, trasladaré á Constantinopla.

Tengo la esperanza de que para todas estas obras de reforma y beneficencia, al igual que para cuantas son necesarias para la organización de nuestras Misiones y sostén de nuestros huérfanos, contaremos con el apoyo de los católicos caritativos.

Marruecos

HALLAZGO interesante.—Recientemente ha sido recuperada por la Misión católica una antiquísima campana.

«Tanto la forma exterior, escribe el R. P. Presidente de la Misión franciscana de Saffi, que es especial, con dos manubrios en el vuelo para su volteo, como la carencia absoluta de pulimento y torneado, y lo imperfecto de su fundición, que no es igual ni continua, pues adviértese interrumpida de trecho en trecho por diversos intersticios, que sin embargo no la perforan, revelan que la recién hallada campana es antiquísima, de las primeras tal vez que se fundieron. Pesa como unos cuatro quintales; parece ser de cobre puro; tiene un sonido bastante penetrante, aunque algo bronco, y no es igual en todo su circuito á causa de la desigualdad de su espesor, que varía entre ocho y diez centímetros. Revela, pues, una antigüedad indubitable, y en esto consiste su mérito.

«Ocurre ahora preguntar: ¿cómo ha venido á parar aquí una campana tan antigua? ¿La habrán fundido en este país los

cristianos de los primeros siglos, pues sabemos por la historia que estas ciudades del litoral africano fueron en otro tiempo cristiandades muy florecientes? ¿O pertenecerá tal vez á la época de la dominación de los portugueses, que tomaron esta ciudad en 1508, reteniéndola en su poder hasta 1548, en que la abandonaron? A nada de esto podemos contestar de cierto, pues carecemos de datos. Lo que sí creemos es que sea bastante anterior á la dominación portuguesa, por las razones ya dichas, por su forma exterior y por lo primitivo de su fundición.

«He aquí cómo nos hicimos con ella. Por más que teníamos noticia de la existencia de una campana en poder de los moros, nadie nos daba razón de ella. Los moros decían que nada sabían; y el Jalifa lo mismo, aun después de indicarle nosotros dónde estaba. Mas, como lo que lo allana todo en estos casos es el dinero, y más entre los hijos de Mahoma, nos valimos para conseguirla de un amigo nuestro en ésta, el español D. Pablo Fantún, muy concededor de los moros y práctico en manejarlos. Este llamó aparte al Capitán de los artilleros y le dijo, que si nos facilitaba la entrega de la campana que existía en el fuerte de la Marina, de que él tenía conocimiento, se le haría un buen regalito. Hay que advertir que ya por entonces le había dicho el Jalifa, que... cuidado con entregar la campana que existía en su poder, pues los frailes la buscaban. El Capitán no hizo caso del Jalifa; al contrario, impaciente por recibir pronto el regalo, fuese él mismo á hablar con el Gobernador al campo, que era entonces gobernador de la Provincia y de la ciudad á la vez, y le hizo ver como le convenía estar bien con los frailes, y que nada estimaría tanto el Cónsul español, á quien como sabía le debía la vida, que le perdonaran poco antes sus contrarios, merced á la intervención del Cónsul, como que entregara esa campana á los frailes. El Gobernador vino en ello, y dijo que sólo esperaba la petición de los frailes, de lo que fuimos informados por el sobredicho Capitán. Escribirle, pues, nosotros una carta, y contestar á vuelta de correo con otra para el Jalifa, ordenándole la entrega, fué todo uno.

«Respecto á su procedencia, dijones dicho Capitán de los artilleros, que su padre y su abuelo fueron también artilleros y que ya en sus tiempos existía esta campana en la misma batería. Que les había oído decir fué encontrada en unas excavaciones practicadas en el interior de uno de los grandes torreones de estilo romano, que aun existen en las afueras de la ciudad, camino de Mogador, y que con la campana encontraron también algunas orzas llenas de monedas romanas, en vez de los valiosos tesoros que la tradición suponía allí escondidos por los antiguos cristianos.

«Varios fueron los oficios humillantes á que nuestra pobre cautiva hubo de someterse durante su cautiverio. Por espacio de muchos años hicieronla servir de mortero para la fabricación de pólvora; para lo cual, arrancáronle la lengua, ó sea el badajo. No contentos con que en ella se fabricase la pólvora para guerrear contra los *perros cristianos*, destináronla más tarde á depósito de agua para enfriar los cañones de las baterías del mar, cada vez que saludaban á los buques armados; servicio, que siguió prestando hasta el día de su rescate, para lo cual, le habían desmochado la cabeza, á fin de que se sostuviese alzada con el vuelo para arriba. Y que más de una vez sirviera de solaz y de irrisión al fanatismo de los moros durante sus ratos de ocio, colígese claramente de las muchas marcas de balazos que se advierten en su exterior.

«Así estropeada y sucia recibimosla en esta Misión el día 8 de Febrero del presente año de 1911; procediendo inmediatamente á su raspado y limpieza, y á devolverle piadosos lo que los mahometanos le habían arrebatado. La inscripción, si la tuvo en un principio, debió ser poco saliente y habrá desaparecido con el roce de tantos años; pues hasta las aristas de los bordes estaban próximas á desaparecer, particularmente por un lado.

«Una vez restituidas por nosotros la cabeza y el badajo, pudimos estrenarla de nuevo con mucha alegría de estos cristianos, el día de sábado de gloria; día por cierto memorable para la pobre *cautiva*, pues volvía por vez primera á resonar en obsequio del culto católico, tal vez después de siglos de silencio y cautiverio.»

Abisinia

GOBIERNO del país.—De una carta del R. P. Diego José de Manresa, copiamos:

La estación de Bilalou puede decirse que es la más importante de todas por la aglomeración de católicos que en ella hay, lo cual se explica fácilmente, pues el Padre Superior es á la vez *malikaña*, esto es, jefe abisinio. El es quien administra justicia y ejecuta las órdenes que le transmite el Gobierno, quien encarcela á los delincuentes cuando se presenta el caso y quien distribuye las tierras para el cultivo, etc. Muchos cristianos, hartos de sufrir vejaciones por parte de sus jefes abisinos, han venido á ponerse bajo la obediencia y protección del Padre, en cuya conciencia y rectitud confían, como ministro de Dios y pastor que es de sus almas.

Las tierras que dependen del Padre son en gran manera extensas, de suerte que bajo su jurisdicción no solamente caen pueblos cristianos, sino también musulmanes.

Y ya que he hecho mención del gobernador, he de decir que aquí no hay más gobierno que el militar, el civil no se conoce. El Negus Jassou, hijo del difunto Menelik, tiene bajo su autoridad á los jefes denominados Ras y Déjach, y él es quien los distribuye entre todas las provincias. El Ras ó Déjach que tiene la posesión de su título, sale de la capital con todo su ejército, cuyo número de soldados oscila entre cinco y diez hombres, según es la importancia del título y la fortuna de que goza; cada soldado está armado con un fusil y una espada cimitarra.

A la autoridad del Ras ó Déjach está sometida la de los otros jefes inferiores, llamados *Pitauraris*, cada uno de los cuales tiene sus soldados y mandan sobre otros subalternos, que son los *Keñachmachs*, los *Guerasmachs* y los *Balembarras*, que también sostienen á sus expensas soldados propios, más ó menos, según la soldada que pueden distribuir entre ellos. Según los soldados que tenga, así será la reputación que ha de merecer é irá subiendo en la importancia de los Gobiernos.

Todo el ejército acompaña al propio jefe al gobierno de su destino, pero en completo desorden, pues cada soldado se lleva sus mujeres y sus hijos, y sobre un mulo ó burro cargan los útiles para el camino y los utensilios de casa; llevan á la cabeza á los jefes, y éstos caminan en pos del Ras ó del Déjach. Si este jefe superior monta en su cabalgadura, todo el ejército monta; si desciende, también descienden todos; si se descubre, no hay soldado que deje de hacer otro tanto. La familia del Déjach, en número de doscientos ó de trescientos individuos, ha tomado ya la delantera y organiza el campamento; para eso unos cargaron con las tiendas, otros, las mujeres, llevaron la cerveza, éstos la harina, aquéllos el pan ya elaborado, etc., etc.

Una vez que el Ras ó Déjach llega al distrito de su mando, comienza por administrar la justicia, entendiéndolo, en primer lugar, en aquello que la necesitaba mientras duró la vacante. Préndese á los ladrones notorios, y se les corta una mano ó bien se les aplica un hierro encendido en la frente, para que por esta señal todo el mundo los conozca como tales. A otros, según sus faltas, se les hace el obsequio de una paliza, más ó menos *soberana*, y los asesinos son colgados, bien en el lugar donde cometieron su crimen, bien de un árbol junto al camino, echándoles al cuello una simple cuerda. Después, y á proporción que el Déjach recorre la provincia, va distribuyendo las tierras entre los jefes, que marchan á la posesión de ellas; con esto las mujeres y chiquillos van disminuyendo, y quedan los hombres hasta que se les dé orden de presentarse en los gobiernos respectivos.

Al tomar su posesión los grandes y los pequeños jefes, su primera diligencia es hacerse servir de los demás. Así, por ejemplo, yo conocí á un simple soldado que fué hecho pequeño jefe ó *malikaña* de tres ó cuatro pueblecillos. Lo primero que hizo fué llamar á los jefes oromos de cada pueblo, y decirles: «Yo he venido aquí para ser vuestro padre; en nombre de Menelik cada uno de vosotros me traerá un carnero, una piel de buey para abrigarme y un gran *vafí*,» que es una especie de cesta destinada para poner el pan. Al día siguiente ya estaba todo esto *cantando* en las manos del amoroso padre, ó bien el precio equivalente en moneda de buena ley.

A los pocos días de la llegada del *malikaña*, uno de sus soldados llega á cualquiera de los pueblos, y dice: «Aquí traigo este mulo, cuidadlo y engordadlo; como se ponga malo, responderéis con el dinero que vale la bestia.» Y para no cansar más, todas las semanas son llamados algunos individuos para trabajar dos días en el campo del *malikaña*, y si hay que emprender un viaje ó llevar una carta, tiene que ir un oromo. Todos estos trabajos personales y gratuitos son extensivos á todos aquellos á quienes puede mandar el jefe superior de la región, en los cuales no he incluido aquellos que ya de derecho compete mandar á los jefes, si bien es verdad que éstos se arrojan á sí más jurisdicción que la que de justicia les compete.

De esta suerte, el pobre oromo no saldrá nunca de su prostración, ni se enriquecerá, pues la mitad del año consume sus fuerzas y trabajos en pro de los abisinos.

Marruecos

PRIMERA Misa del primer Religioso, hijo de Marruecos.—Hermosas han sido las fiestas cívico-religiosas, que se han celebrado en Mazagán, con motivo de la ordenación y primera Misa de un hijo de esta población, el R. P. Fr. Jaime Llull y Netto, siendo éste el primer Religioso que desde que se establecieron las Misiones en este Imperio mogrebino, ha seguido tan envidiable conducta.

Para dar más solemnidad á las fiestas, el Ilmo. Sr. Obispo de Fesseea, Vicario Apostólico de Marruecos, se dignó asistir á esta ordenación, despreciando las fatigas que impone en Marruecos el más corto viaje; puesto que careciendo de vías férreas, es preciso efectuarlo en parte por mar, y en parte por tierra, siendo esto lo más penoso, pues hay que utilizar los medios del país, ó sean los animales de silla.

El día 20 del pasado Julio salieron de Casablanca los expedicionarios, llegando á las nueve de la siguiente mañana á la cercana ciudad de Azimur, en donde eran esperados por el Sr. Cónsul de España, el R. P. Presidente de la Misión, además de una buena representación de la colonia católica. A su llegada á la citada población, se encaminaron al alojamiento que se les tenía preparado, en donde se descansó hasta las

cuatro de la tarde en que emprendieron la marcha para Mazagán, á donde llegaron con toda felicidad á las seis y media de la tarde, siendo recibidos por el resto de la colonia; encaminándose acto continuo á la iglesia, entonándose las preces de costumbre, pasando luego al amplio patio de la Misión, en donde fueron recibidos los católicos con suma bondad por su Prelado, sirviéndose luego un corto refrigerio.

Al día siguiente, sábado, dieron principio las fiestas con una solemne velada literario-musical, que se celebró en la calle de la Misión (adornada *ad hoc*) á la cual asistió el Prelado, Cónsul de España, Religiosos y toda la colonia católica.

El día siguiente 23, á las ocho y media de la mañana, fué la solemne ordenación de nuestro compatriota, á la cual asistió numeroso público, de tal modo, que la iglesia era chica para contener tanta gente.

Por la noche se repitió la velada con distinto programa.

El 25, día del Apóstol, cantó su primera Misa el nuevo Sacerdote, siendo asistido por los PP. Miguel Aguillo y Buenaventura García, que iban de capa, el P. Pedro Alandete, de Evangelio, y el P. Casimiro Boigues, de Epístola; asistiendo el Rdm. Prelado, el cual después del Evangelio, dejó oír su autorizada voz, en un sermón alusivo al acto, en el cual tuvo inspirados párrafos de grata impresión para los oyentes. Terminada la Misa, se cantó un solemne *Te Deum*, mientras se hacía el besamanos.

El mismo día se sirvió espléndido banquete en el Convento á la representación más distinguida de esta colonia, y por la noche hubo verbena en el jardín de la casa paterna del nuevo Sacerdote, la cual no terminó hasta pasada la media noche.

Japón

ANTIGUOS recuerdos.—Copiamos de *El Eco Franciscano*: Según escriben desde Tokio, capital del Japón, en carta fechada el 8 de Marzo del presente año, se ha abierto en dicha capital una Exposición de libros curiosísimos que pertenecieron á los Misioneros españoles que llegaron á aquellas playas hace 400 años. Entre ellos aparecen algunos libros de rezo, místicos y recreativos, que compusieron aquellos Misioneros compatriotas nuestros, y varios sellos. Entre los sellos hay uno de inestimable valor, por haber pertenecido al Protomártir del Japón, San Pedro Bautista, que como es sabido, desempeñó en aquel imperio el cargo de Comisario Provincial de los Misioneros franciscanos.

China

FIESTAS eucarísticas: un infiel recibe á Jesús Sacramentado y se convierte.—El R. P. Fr. Gregorio Mariscal, O. F. M., escribe:

«Por primera vez hemos celebrado con publicidad la fiesta del Corpus. En años anteriores carecíamos de palio, ciriales y otras varias cosas necesarias para la procesión; este año estaban salvados todos los inconvenientes, y con gusto hago constar que el palio ha venido de la católica España. La noticia de que iba á haber procesión entusiasmó tanto á nuestros cristianos, que no es posible trasladar al papel las muestras de júbilo que dieron por tal acontecimiento.

«Se les dijo que era necesario traer flores, y flores hemos tenido en abundancia. Sólo en el atrio y puerta de la iglesia lucían sus colores más de 300 macetas; los ramilletes fueron tantos, que se colocaron por las lámparas, Vía-crucis, etc. Unos cuantos músicos que habían venido de Filipinas dieron gran realce á las fiestas, cantando la Misa y acompañando la procesión con sus instrumentos.

*

«Con motivo de estas fiestas abundaron las Confesiones y Comuniones. Y, ya que de Comuniones le hablo, voy á relatarle un caso curioso y emocionante que aconteció con un infiel. Por este caso verá como son infinitos los medios de que Dios se vale para ganar almas, y esto sin que nadie tenga derecho á preguntarle: ¿por qué lo hiciste así?

«El caso sucedió de esta manera. Un día de fiesta en que las Comuniones eran numerosas, estaba en la iglesia un joven pagano observando con curiosidad todos los detalles de la función. Y, como advirtiese que casi todas las personas se acercaban al altar con suma compostura, y allí se les daba algo que él no sabía lo que era, también se acercó y recibió el manjar eucarístico. Al poco rato, algunos cristianos se dieron cuenta de lo acaecido con el joven, pues preguntándole por su religión, respondió que no era cristiano. Entonces comenzaron á explicarle lo que significaba el acto que acababa de realizar y la necesidad en que estaba de hacerse cristiano. Pasaron algunos meses, y según confesión del mismo joven, algo extraordinario ocurría en él desde el día en que, sin saber lo que se hacía, había recibido en su pecho al Amante de las almas. Ello es que, valiéndose del pretexto de enfermedad, pidió ser llevado á nuestro Hospital, y allí rogó que se le explicasen los misterios de nuestra santa Religión. Al poco tiempo se le administró el Bautismo, y continuó siendo tan buen cristiano que consiguió convertir á su familia, ejerciendo con ella un verdadero apostolado. Los individuos de dicha familia pertenecen al número de nuestros catecúmenos, y no tardarán en ser bautizados.»

COMPRA de propiedades para las Misiones.—En algunos diarios europeos ha circulado la noticia de que el Gobierno chino había publicado una ley-reglamento ó lo que sea, al que habrían de conformarse los Misioneros que desean adquirir nuevas propiedades en el Celeste Imperio. Esta noticia es falsa, y el tal reglamento invención de algún periodista desocupado.

Por lo que á la compra de propiedades para las Misiones se refiere, nada ha cambiado en China; siguen en pleno vigor las convenciones de Berthem y Gerard.

Hunan Septentrional

ESTADO actual de las Misiones.—El Vicariato Apostólico del Hunán septentrional, que comprende los distritos de Lichow, Changteh-Fu, Sanchow-Fu, y Joehow-Fu, cuenta en la actualidad con 3,935 católicos y 5,078 catecúmenos; en el curso del último año han sido bautizados 479 adultos, 853 niños, hijos de paganos, y 208 hijos de católicos. Prueba el excelente espíritu que anima á estos fieles el que siendo tan pocos en número, las Comuniones administradas durante el año suman 31,030. Cuidan de esta Misión, cuya extensión puede calcularse sabiendo que pueblan su territorio once millones de paganos, 24 Padres Agustinos y dos sacerdotes seculares indígenas. ¡Que en sus oraciones y limosnas no olviden nuestros lectores tan dilatado campo de acción!

Kandy (Ceylán)

MUERTE del Obispo.—El último número del Boletín Pontificio *Acta Apostolicae Sedis* anuncia el fallecimiento de Monseñor Clemente Pagnani, primer Obispo de Kandy en la isla de Ceylán, y monje benedictino de la Congregación Silvestrina. Había nacido en Fabriano, cuna de la Congregación susodicha, y siendo todavía joven abrazó la vida monástica. Después la obediencia le destinó á las Misiones que los Silves-

trinos dirigen en la isla de Ceylán, donde al cabo de dieciséis años de apostolado mereció ser nombrado tercer Vicario Apostólico de Colombo, por muerte de Mons. Sillani, monje de la misma Congregación (27 de Marzo de 1879). Fué consagrado Obispo titular de Efesto (Egipto), el día de Navidad de 1879, en la Catedral de Maduré, en la India. Posteriormente, por decreto de Propaganda Fide, dado el 16 de Abril de 1883, erigióse el Vicariato Apostólico de Kandy, separándolo de Colombo, y fué designado primer Vicario Monseñor Pagnani. Tres años más tarde León XIII, por decreto de 1.º de Septiembre creó la Metrópoli de Colombo, elevando á Diócesis los respectivos Vicariatos de Ceylán, y entonces quedó Obispo de Kandy el mismo Prelado, que con celo infatigable la ha regido hasta su muerte, que no dudamos habrá sido preciosa en los ojos del Señor. Descanse en paz el ilustre Misionero.

Australia

MUERTE de un Cardenal.—Gravísima pérdida han experimentado, no solamente la Australia, sino también la Oceanía, el sacro Colegio y la Iglesia toda con la repentina muerte del Cardenal Patricio Francisco Morán. El ilustre purpurado nació en Leighlinbridge (Irlanda) el día 16 de Septiembre de 1830. Su madre era hermana del primer Cardenal irlandés, Pablo Cullen. A la temprana edad de doce años acompañó á su tío, el Cardenal Cullen, á Roma, permaneciendo en la Ciudad Eterna por espacio de veinte años. Hizo sus estudios y fué ordenado en el Colegio de Santa Agueda. Posteriormente desempeñó los cargos de Vicerrector y Profesor de Sagrada Escritura en el Colegio irlandés, y enseñó hebreo en el Colegio de la Propaganda. En 1866 volvió á Irlanda como secretario de su tío, el Arzobispo-Cardenal de Dublín. Seis años después fué nombrado obispo auxiliar de Assory, siendo preconizado el 1873 Prelado de la misma Iglesia. En 1884 sucedió al Arzobispo Vaughan en la Primada de Australia, y en el siguiente año fué creado por León XIII primer Cardenal de aquel remoto continente. Finalmente, el día 18 del pasado Agosto subió al cielo á la edad de 51 años, lleno de méritos y virtudes. Este insigne Prelado era una de las figuras más gloriosas del Catolicismo. Gran teólogo, gran estadista, gran sociólogo, varón de consumada prudencia, de tacto exquisito para la organización de las sociedades cristianas y de energía personal á toda prueba, se ha conquistado un lugar preferente entre los sabios de primer orden y los insignes capitanes del pueblo fiel. El Cardenal Morán pasará á la Historia como el Apóstol de Australia y padre de sus libertades y autonomía política.

Tan pronto como fué elevado á la Silla arzobispal de Sidney celebró el primer Concilio nacional (1885), que inició una nueva era en la historia del Catolicismo australiano. En los veintisiete años que ha regido la Sede primada de Sidney, ha hecho la Iglesia católica tan maravillosos progresos en Australia, que el Arzobispo de Melbourne ha llegado á declarar que «no tiene rival en ninguna edad, ni en ningún país.» A la influencia y activas gestiones del ilustre Purpurado es debida la *Federación Australiana*, causa y origen de la autonomía y engrandecimiento del gran continente de Oceanía. Tuvo que intervenir con frecuencia en graves conflictos sociales, viendo siempre coronados con feliz éxito sus trabajos y

desvelos. Por estas razones, todas las clases sociales de Australia, que veían en él á un celosísimo Pastor, y amantísimo Padre, le respetaban y amaban con frenesí. Bien se echó esto de ver en la soberbia recepción de que fué objeto á su vuelta de Roma en 1885, después de haber recibido la sagrada púrpura. No menos de treinta buques engalanados salieron á su encuentro, con cuya magnífica escolta hizo su entrada triunfal en la bahía de Sidney. El Gobierno en pleno, los miembros del Parlamento, todas las personas influyentes de la ciudad y una inmensa multitud de pueblo formó en la procesión que se dirigió del puerto á la catedral. Fué un día de regocijo y fiesta para la capital australiana, y aun para la nación entera.

Su muerte ha sido sentidísima. Más de doscientas mil personas han desfilado ante sus venerables restos, y á su entierro se han asociado los Poderes públicos, haciendo á su cadáver los más elevados honores. España debe también asociarse á las manifestaciones de duelo que se hacen en todo el mundo anglosajón, pues en el Cardenal Morán ha perdido á uno de sus más sinceros amantes y valiosos defensores. Muchas veces hemos leído con soberana fruición en la prensa inglesa elegantes y hermosos artículos, en los que el sabio Cardenal esgrimía su bien templada pluma en defensa de España contra el fanatismo protestante, el farisaísmo judío y el odio é impiedad de la Masonería, conjurados contra nuestra católica nación. Descanse en paz el ilustre Prelado.

Basilé (Guinea española)

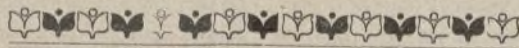
ESTUDIANDO la flora.—Han estado en Basilé dos doctores naturalistas alemanes que hace varios años están recorriendo los territorios africanos para estudiar la flora y recoger ejemplares de ella. Llegaron el 15 y marcharon el 27.

La Misión que, como es sabido, está confiada á los celosos Hijos del Corazón de María, puso á su disposición cuanto pudo, incluso cargadores. Plantaron sus tiendas de campaña, por cierto ingeniosas, á dos horas de Basilé, camino del pico, desde donde hicieron excursiones por el monte, llegando á uno de los picachos próximos al pico principal, al que no pudieron subir por la lluvia y niebla. Vieron la Gran Caldera Volcánica. Recogieron algunos centenares de ejemplares de la flora de estos montes. Todos admiraron el valor, la audacia y la constancia de dichos señores, que sin miedo á las lluvias y demás inclemencias del tiempo recorrían animosos aquellos bosques, como quien busca un tesoro. Al despedirse dichos señores, Mierbraed y Schultzer, aseguraron que volverían en Octubre para ver más detenidamente el pico de Sta. Isabel. Mientras tanto proyectan visitar á San Carlos, Santo Thomé y Annobón.

Embarque de Misioneros

NUEVOS Misioneros.—Con rumbo á Uruguayana (Brasil) embarcaron en esta ciudad el día 3 de Octubre, los Padres Segismundo de San Luis Gonzaga y Patricio de la Sagrada Familia; y del mismo puerto, el día 10 del presente, partieron para Trujillo (Perú) el P. Eduardo de Santa Teresa y Hermano Simón de la Virgen del Camino, todos Carmelitas Descalzos.

De todo corazón les deseamos feliz travesía y copiosos frutos en su misión evangelizadora.



PARA LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Seminario Americano para las Misiones Extranjeras



EMBORRONADAS las precedentes cuartillas (1) sobre el movimiento apostólico en los pueblos sajones, recibo el número de Junio del *Field Afar*, donde encuentro otra nueva empresa apostólica nacida al calor del celo norteamericano y llevada á feliz término gracias á la constancia, intrepidez y sacrificio de que tan gallardas muestras están dando los organizadores de la Propagación de la Fe en los Estados Unidos.

La idea fué concebida en Octubre de 1906 por cuatro sacerdotes de la diócesis de Boston. Habíanse éstos reunido para establecer las bases de la Sociedad de la Propagación de la Fe, y acordaron que el objeto de la misma sería «organizar una propaganda literaria con el fin de arraigar y extender el espíritu de apostolado en los Estados Unidos, teniendo por fin último el establecimiento de un Seminario para Misiones extranjeras.» Desde esta fecha se venía trabajando, como dejamos expuesto en nuestro último artículo, sin perder de vista el término á que se proponía llegar. Finalmente, el año pasado en el Congreso Eucarístico de Montreal, y bajo la cooperación de su Eminencia el Cardenal Gibbons, se delineó el plan del Seminario, plan que en Abril último fué aprobado por los Arzobispos de los Estados Unidos en los siguientes términos: «Nós aprobamos de corazón el establecimiento de un Seminario Americano para Misiones extranjeras, tal como ha sido propuesto por su Eminencia el Cardenal Gibbons en carta á los Arzobispos. Nós recomendamos al Santo Padre los dos sacerdotes designados como organizadores de este Seminario, y Nós les aconsejamos partan á Roma sin dilación á fin de conseguir la debida autorización y reglas directivas de la Propaganda para la obra propuesta.»

En beneficio de los lectores de *Las Misiones Católicas* traduzco á nuestro idioma la carta del Cardenal Gibbons, á que más arriba hemos aludido. «Que tal Seminario es necesario y hasta urgente, aparece cada día con más evidencia. El prestigio de nuestra nación se ha dilatado, y los protestantes, con especialidad en el Extremo Oriente, se aprovechan de él con positivo detrimento de los misioneros católicos. Yo entiendo que aun las educadas clases de China, engañadas por la casi completa ausencia de sacerdotes católicos americanos, creen que la Iglesia de Roma no existe en América.

«Consciente del escaso número de sacerdotes en algunas diócesis, citaré palabras del Cardenal Manning refiriéndose á la fundación de Mill-Hill:

«Es absolutamente verdadero que nosotros necesitamos de hombres y medios en nuestra patria; mas esta misma necesidad de hombres y medios en que nos encontramos, me convence de que debemos enviar hombres y medios al extranjero. Si nosotros deseamos

«encontrar el medio más seguro de multiplicar inmensamente nuestros propios subsidios para las empresas «de nuestra nación, multipliquemos sin límite la expansión de la caridad y no paralicemos el celo del sacrificio propio.»

«La experiencia de la Iglesia prueba con certeza la conclusión de su Eminencia. Dícese que la pequeña Holanda socorre con mayor generosidad las Misiones, y, sin embargo, las vocaciones son más que suficientes para la nación. Existen muchos sacerdotes y monjas agregados á diócesis en Inglaterra y América.

«Los sacerdotes de los Estados Unidos ascienden al número de *diecisiete mil*, y, sin embargo, yo sé que á lo más son dieciséis los que trabajan en Misiones extranjeras. Este hecho me trae á la memoria el aviso que el difunto Cardenal Vaughan me dió en cariñosa y fraternal carta, hace veinte años, urgiéndonos á los católicos americanos á no dilatar nuestra participación en la obra de las Misiones, *á fin de que nuestra propia fe no sufra detrimento*. Verdad es que desde aquel entonces hemos progresado.

«Sin embargo, forzoso es confesar que como católica corporación no hemos hecho más que comenzar, mientras que nuestros paisanos protestantes, menos en número y más débiles que nosotros, han pasado la centuria en el campo de Misión y hoy se hallan representados en el mundo pagano por miles de misioneros, quienes están apoyados por anuales contribuciones que se remontan á millones de dollars.

«Un Seminario como el proyectado, establecido bajo la protección de toda la Jerarquía americana, difícilmente dejará de atraer la atención de los católicos de América al grito que viene de un millar de millones de almas, quienes todavía no han oído el nombre de Cristo.

«Ya es tiempo, para servirme de las palabras del Delegado Apostólico, de que la Iglesia americana comience á moverse en esta dirección.»

Los organizadores de tan vasta empresa han comenzado á recibir palabras de congratulación, que lo son á la vez de aliento para llevar á feliz meta tan espinoso plan. Dificultades inmensas les saldrán al camino, tendrán que luchar, ¿qué obra buena no está sometida á tales pruebas? Es más, con la ayuda de Dios y la inflexible constancia americana, de esperar es que realizarán su intento. Miles de almas piden luz y acierto ante el Señor de la viña para la conveniente organización de este nuevo plantel de operarios apostólicos.

Nosotros repetimos desde las columnas de *Las Misiones Católicas* la congratulación sincera que privadamente hemos ya remitido al Director del *Field Afar*, uno de los organizadores del Seminario y con quien nos unen lazos de compañerismo, y le comprometemos nuestra oración y plegaria, aunque pobre, en el Santo Sacrificio.—FR. BRUNO DE SAN JOSÉ, *C. D., Mis. Ap.* Seminario de Putempally, 16 Julio 1911.

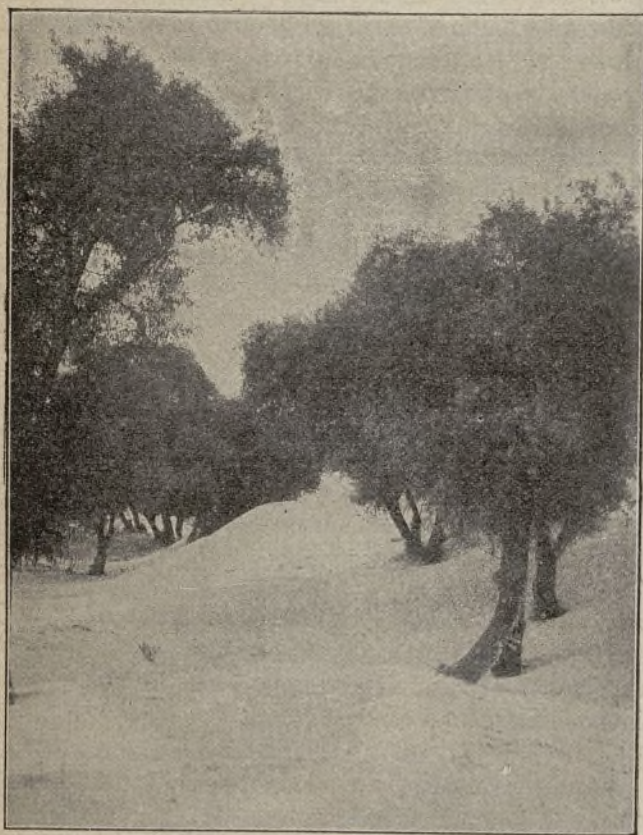
(1) Véase LAS MISIONES CATÓLICAS, n. 381, pág. 193: *La Obra de la Propagación de la Fe. Contribución literaria y pecuniaria.*

RECUERDOS DE MI MISIÓN

El 14 de Noviembre de 1895

(Continuación)

Quedé sentado en una losa situada en el centro de aquel reducido pero espesísimo bosque, dispuesto á permanecer allí no sólo aquel día y su noche correspondiente, sino también el día siguiente y todo el tiempo que me fuese posible combatir con la vida, mientras no me llegase aviso de que había desaparecido todo peligro; ¡tal era el miedo cerval de que estaba poseído! Al principio, con la vista clavada en el suelo, fuí alargando mi oído á los pasos del muchacho que se alejaba en el torrente, siguiendo el ruido producido por el roce de sus vestidos con las ramas de los arbustos del torrente, el seco golpe causado por su persona al saltar alguna



MOGOLIA.—INVASIÓN DE LAS DUNAS.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn. (Pág. 228)

cascada, el obscuro eco de las piedras que á su paso rodaban al profundo, y el silbido que emprendió aparentando ánimo despreocupado, después de salir del torrente, y cuando pasaba frente á mi escondite al volver al pueblo. El profundo silencio de aquella mansión permitía darme cuenta de todo. A continuación dí una ojeada á mis alrededores, como para medir desde qué distancia podría ser descubierto, y por observar si existía aún algún otro sitio en aquel reducido lugar más obscuro que el mío en que poder esconderme. Tranquilizado sobre este punto, continué tendiendo mi oído al más mínimo ruido, así próximo como lejano. Nada; fuera del graznido de alguna ave de rapiña que accidental-

mente vino á posar su planta en el follaje que me cubría á su propia vista, fuera también del casi imperceptible chasquido producido por el choque de las hojas entre sí al revolotear entre ellas algún diminuto pajarillo ó el enfático canto de algún soberbio gallo que desde las afueras del pueblo hacía oír su voz á las montañas, hasta cerca del mediodía ningún ruido extraordinario vino á intranquilizar mi espíritu. En aquella hora, sin embargo, las cosas cambiaron por completo. Primero oí, aunque lejanísimo, el ladrido de un perro, á éste siguió el de otro; á ambos, y sin que mediase largo intervalo, el de otro y otros más, algunos de ellos al parecer de las casas más próximas, y por fin, después de unos diez minutos, el confuso y lejano ruido de una jauría, ruido que fué poco á poco disolviéndose en ladridos aislados, cesando por completo á los pocos minutos. No había ya duda para mí: los miembros del Gobierno acababan de llegar al pueblo, y me lo confirmaban aún más algunos relinchos de caballos que me pareció también oír á continuación, cosa que allí no sería posible por lo mismo que no existía más que uno en todo el pueblo y era el de los Franciscanos, el cual jamás podría hacerme oír su voz desde una lejana cuadra en la que estaba siempre encerrado.

Volvió á seguir á todo esto un largo intervalo de silencio, tal vez el de dos horas continuas, durante las cuales, entre intensas palpitaciones de corazón, estuve siempre con la cabeza alzada y suspenso el oído por ver si algún ruido particular llegaba á revelarme el efecto de aquella visita gubernativa, pero fuera de la voz de algún paisano que de larga distancia llamaba á algún otro, y cuyo endeble eco venía también por un instante á ponerme á mí en los trances de la agonía (¡qué rubor me causa referir estos hechos!), nada absolutamente de extraordinario hizo vibrar el tímpano de mi oído. Entre las dos y las tres de la tarde nuevamente volvieron á repetirse primero los ladridos aislados de algunos perros, después el rabioso concierto de todos los del pueblo juntos, concierto que esta vez se desvaneció mucho más presto que al principio, pero tenía la particularidad de que iba unido á un vocerío de gente muy confuso y apenas perceptible, y en el cual mediaban á mi parecer también voces de mujeres. El *tin tan* que en aquel instante batía en mis sienes y en mi pecho me ensordecía. ¿Se llevarían á los Religiosos?... ¿las confusas voces de las mujeres y del pueblo eran simplemente para alejar á los perros ó significarían una protesta contra el Gobierno por dicho motivo?... ¿serían tal vez signo de la gran batalla que se estaba riñendo entre unos y otros y de la sangre que se derramaba en aquel momento?... Y si bien mientras estaba aún en estas reflexiones pasó un paisano á orillas del torrente, indudablemente en dirección á las viñas, tarareando con glacial indiferencia una de las canciones del país, yo seguí aún un buen rato con el oído suspenso en dirección al pueblo por ver si podía traer á manos alguna prueba que me tranqui-



MOGOLIA. — TIENDAS MOGOLIANAS. — Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn. (Pág. 228)

lizase por completo, pues el canto del paisano no bastaba á calmar mi espíritu, ya que bien podía ser aquél algún turco satisfecho de los crímenes que acababa de cometer!... ¡ya algún cristiano que lleno de rabia escapaba en aquella dirección!... y otras reflexiones por el estilo á cual más desatinadas.

No del todo había dado aún cima á estos pensamientos, cuando por encima de mi cabeza oí que me llamaba el muchacho antes mencionado. La primera vez hice el sordo á su voz á fin de asegurarme mejor si era él ó no quien me llamaba; pero apenas repitió el exclamativo «¡Padre, Padre!—¿Qué quieres? le respondí.—No ocurre nada, ya marcharon todos; espere un poco, que voy á buscarle,» volvió á repetirme; y diciendo esto desapareció, sin duda alguna en la dirección del torrente, para bajar á éste por el mismo lugar por el cual lo habíamos hecho antes juntos, que era el más próximo al pueblo. Pero yo, bastante más tranquilo ya, quise evitarle parte de la molestia saliendo á su encuentro.

Apenas fuera del torrente, me dirigí al Hospicio en su compañía, sin acordarme para nada ni de las penalidades sufridas al entrar y salir del torrente, ni de las sufridas durante mi permanencia en él bajo la eterna sombra de su follaje y en medio de sus densas humedades, ni tampoco de las exigencias de mi estómago, pues al fin hacía veinticuatro horas más que cabales que no escuchaba sus demandas. Todo, completamente todo, quedaba reducido á la nada en presencia de la excitación nerviosa que animaba mi ser. Serían las tres ó tres y media de la tarde cuando llegamos al vallado de la huerta del Hospicio, y de allí no quise pasar adelante, es decir, salvar el recinto y entrar en la huerta, como obstinadamente me aconsejaba el muchacho, casi temeroso de que este ¡pobrecillo! me hubiera hecho traición. La algazara que del pueblo venía, oída desde la

mitad de la ladera de la montaña, en aquel punto me pareció verdadera guerra, y no me cabía ya la menor duda que ó en el Hospicio ó ante sus puertas se gritaba, se reñía entre muchos paisanos, había lucha, y no siendo probable que en aquellas circunstancias tristes fuese ésta entre solos los cristianos del pueblo, había que concluir era con los turcos. «Pero ¿no oyes, hombre, dije al muchacho, esa espantosa guerra que está trabada en el pueblo? ¿Cómo no me has enterado de ello?—Cuando yo salí no había nada,» me respondió el pobre tímidamente, palidísimo, y con la vista clavada en el suelo en ademán también de escuchar. «Si V. quiere, repuso, me acercaré solo por ver lo que ocurre, y vendré á comunicárselo.—Anda, vete, y tráeme presto noticias.»

Como una exhalación saltó el muchacho el vallado, atravesó la viña contigua al huerto, salvó la colina que defendía éste por la parte del Norte, y pasando por detrás de la cuadra del Hospicio, penetró por aquel lado al jardín, y poco á poco, y como distraído recogiendo algunas hierbas aromáticas, fuese acercando á los grupos que se movían en la plazuela del Hospicio situada entre éste y el jardín. Mientras tanto yo, convencidísimo de que allí se reñía la más descomunal batalla, atendida la espantosa algazara que venía oyéndose, y convencidísimo también de que no podía ser por otro motivo que el que teníamos desde el día anterior, es decir, de que los miembros del Gobierno se quisiesen llevar consigo los Religiosos de la Misión, estaba sumamente inquieto y nervioso entre la indecisión de esperar detrás del vallado al muchacho ó volverme á mi puesto primitivo del torrente; é indudablemente hubiera optado por esta segunda parte, si muy luego y antes de que volviera aquél, no notase que la gritería iba apagándose rápidamente. Al fin llegó el muchacho, casi al mismo

tiempo que cesaba el tumulto, y después de darme del hecho las explicaciones necesarias á tranquilizar mi espíritu, salté en unión suya el vallado, y, dejándole á él en la viña á fin de que viniese más tarde y no compareciese en el Hospicio en mi compañía, fuí siguiendo el mismo camino que á él vi seguir un poco antes, y en la misma forma que él penetré en el jardín y en la plazuela del Hospicio. Cuando me vió el Superior quedó suspenso por un momento y en actitud de querer preguntarme alguna cosa,—tal vez á qué hora había llegado y si había comido,—pero conteniéndose en vista de los paisanos que venían á su lado, pasó adelante cual si nada le extrañara mi presencia. Algo más tarde me contó los hechos del día, que son como sigue.

A las once y cuarto llegó al pueblo el *mudir* del distrito acompañado de unos veintitrés mahometanos, entre los cuales tres miembros del Gobierno, el juez, dos gendarmes y cinco de los principales caciques. Unos á caballo y otros á pie, se encaminaron todos á la plazuela de la Casa-Misión, donde desentendiéndose de las bestias y después de recibir el saludo del Superior y de todo el pueblo que allí reunido les esperaba, pasaron al interior de aquélla. Se habló, se fumó, se sorbieron tazas y más tazas de café, pero el aspecto general de aquella reunión no pasaba nunca de los límites que en aquel país impone una visita ordinaria. Entre unos y otros, es decir, entre los recién llegados y los paisanos del pueblo con el Superior, no se salía nunca de las empalagosas é infinitas preguntas con las recíprocas respuestas que median en todas las visitas: «¿Cómo estáis? ¿cómo va el pueblo? ¿qué tal la cosecha? ¿la pollina de fulano trajo macho? ¿hay enfermedad en las cabras este año?» y sus respectivos: «Muy bien, gracias al Alto, sea bendito El, á El se debe todo lo bueno, nada sucede sin su permiso...» con un sinnúmero más de bendiciones é interrogaciones, repetidas también un sinnúmero de veces al derecho y al revés, por activa y por pasiva. Y entre las jerigonzas y zalamerías de estos cumplimientos, llegó la hora de comer, hora cuya llegada tal vez esperaban aquellos señores con ansia, y el Superior invitólos á su mesa. No comieron, devoraron, y si antes de sentarse á ella habían tenido poca pala-

bra, ésta les faltó casi por completo durante la comida. Sin embargo, el ánimo del Superior no llegaba aún á tranquilizarse, suponiendo siempre que en el momento menos pensado habían de salir con la fatal propuesta (la de aviarse para marchar en su compañía), que le tenía en continuo sobresalto. Terminada la comida, en la que se puso término también á los cuarterones de toda una cabra adornados con el inseparable arroz en seco, se volvió de nuevo á la sala de recibo, donde esperaba aún una buena parte de nuestros cristianos, al objeto de dar el *buen provecho* á los forzosos comensales y cambiar con ellos todas las mutuas bendiciones y recíprocas *zalamerías* que les legaron sus antepasados para tales casos; y se empezó otra vez á fumar y á sorber tazas sobre tazas de café. Al fin, uno de ellos se dirigió al Superior preguntándole si podría *prestarle* un poco de azúcar, porque casualmente aquel día se le había terminado el suyo. El Superior, después de un ligero ademán de cabeza, como signo de aprobación, salió en el acto de la sala al objeto de avisar al doméstico se lo trajese, pero aún no había traspasado el dintel de la puerta cuando otro de aquellos *baturros* díjole, alzándose de su puesto y acercándose á él: «Mande traer asimismo dos *granitos* de café, pues á mí también se me ha concluido *esta provista*, precisamente ayer tarde; y apenas éste terminó de hablar, cuando un tercero se alzó también, alegando la misma necesidad; y antes de que éste concluyera su petición, ya un cuarto, un quinto, y todos sucesivamente fueron saliendo con él al corredor, insinuándose cada uno en su cosa, grano, cebada, arroz y hasta la sal. Y si bien estos petitorios tranquilizaron bastante, al menos por el momento, el ánimo del Superior, pues le dejaron sospechar el objeto primario de la visita de tal gentuza, muy luego contribuyeron á acrecer nuestra pena, por lo mismo que aquel descarado pedir aprovechándose de nuestra lamentable situación, lo considerábamos ya un repartirse y disfrutar de la codiciada presa, antes de que llegase la catástrofe, tal vez por temor á no poder después anteponerse á la voracidad de la desbordada plebe.

FR. MANUEL TRIGO, O. F. M.

(Continuará).

LA REVOLUCION EN CHINA

Los desórdenes de Seutchuan.— Su génesis



EMPEZAREMOS preguntando: ¿cuál es la causa de los actuales desórdenes?

Vamos á verlo.

Como respuesta á la agitación provincial de estos últimos años, el Gobierno chino había autorizado á las provincias de Seutchuan y Hunan para emprender por sí mismas la construcción de sus ferrocarriles sin intervención extranjera.

¿Cuál fué el resultado? Desastrosísimo, ya que nunca podrán ni calcularse las pérdidas sufridas.

Limitándonos á la provincia de Seutchuan, que es la que nos ocupa, es probable que los fondos despilfarrados hubiesen bastado, bajo una dirección eficaz y constante, para llevar á cabo la construcción del ferrocarril en esta provincia, sección de 644 kilómetros de longitud. Ocho años antes habían reunido en suscripción voluntaria la suma de diez millones de taels para la construcción de dicha sección. Cuatro años después aún no se habían empezado los trabajos de construcción. La mayor parte de estos fondos habían sido adelantados, á título de préstamo, á las autoridades provinciales de

Tchuungking para la acuñación de moneda; en cuanto al resto, sirvió para sufragar los gastos hechos para establecer puestos militares, que maldita la falta que hacían, y para pagar... el celo de los promotores.

Estos, cuyo fuego sagrado no se había extinguido, llevaron adelante su idea. No pudiendo ser satisfechas por suscripciones voluntarias las incesantes demandas de fondos, obligóse al pueblo á contribuir á las mismas por medio de tasas é impuestos ilegales é irregulares.

Si aun el dinero así obtenido hubiese sido honradamente administrado y con miras á un fin útil, quizás hubiera podido obtenerse algún resultado. Pero estaba escrito que todo debía volverse contra el proyecto. Vino el *rubber boom* de 1910, y cediendo al frenesí general de especulación, los administradores malversaron considerables sumas en Shanghai. ¿Se obtendrá jamás un descuento que satisfaga todas estas disipaciones?

Cuestión es esta tan problemática como la de saber si el actual taotai de Shanghai hará jamás luz sobre las cuentas de su predecesor, desaparecido súbitamente, y del Banquero arruinado Chen-Yu, que está aguardando su suerte en la cárcel.

En fin, la corrupción, la mala administración y el despilfarro han disipado en estos ocho años una suma mucho mayor que la que se hubiera necesitado para la construcción del ferrocarril.

Una vez demostrado el solemne disparate de haber confiado en manos de empresas provinciales la construcción de tan grande línea férrea, el Gobierno central, bajo el enérgico impulso de Cheng-Kong-Pao, vióse obligado á rescindir y anular las concesiones hechas, tanto á los habitantes de Hunan como á los de Seutchuan.

Publicóse un edicto anunciando que el Gobierno tomaba posesión de las grandes líneas y designóse á Toanfang para negociar la continuación.

Entonces debió producirse la agitación actual.

M. Charignon, consejero técnico del Ministerio de Vías y Comunicaciones, fué enviado á Shanghai para efectuar la compra de las líneas de Kiansou, y al cabo de dos semanas había llevado á feliz término su misión.

Toanfang encontró mayores dificultades en los dos Hu.

Allí las poblaciones son más nacionalistas. Por otra parte, los comerciantes querían hacer partir de Hanyang la línea de Itchang, mientras que el Gobierno había elegido Kwangshui para punto de partida. De aquí nacieron las discordias.

Entretanto la situación se iba poniendo cada vez más tirante en Seutchuan, donde la oposición á la nacionalización de los ferrocarriles obligó á Toanfang á salir á toda prisa de Utchang para personarse en el teatro de los acontecimientos. Lo demás ya se sabe por la prensa diaria.

El 7 del corriente estalló la revolución en Tchengtou, capital de la provincia, ciudad de más 500,000 al-

mas. Una comisión de delegados de la Sociedad de protección de los Ferrocarriles se había dirigido aquel mismo día al yamen del virrey para pedirle prohibiera á Toanfang que entrara en la provincia. Habiendo intentado el virrey, en respuesta á tal petición, detener á los jefes directores, prodújose una colisión. Acompañaban á los delegados millares de manifestantes, quienes resistieron tenazmente y aun intentaron saquear el yamen. Fueron rechazados, no sin tener que lamentar ambas partes considerables pérdidas. Desde entonces puede darse por declarada la revolución. Algunos revolucionarios se aprovecharon del movimiento y los disturbios se extendieron. En Tchengtou cortaron las comunicaciones telegráficas y la ciudad fué sitiada.

El virrey hizo cerrar las puertas de la ciudad, y, al día siguiente, habiéndose agravado la situación, un grupo de misioneros protestantes la abandonó dirigiéndose á Tchunghing.

El camino estaba expedito, pues en Tzechaou y Lutchou y poblaciones intermediarias más importantes, no se ha alterado el orden.

Algunos días después estalló la revolución en Suifu, ciudad de unas 50,000 almas. En ella el yamen fué incendiado por las turbas.

Un grupo de Religiosas y misioneros, en número de cinco, se vió obligado á huir á Tchunghing.

Ante los avances de la revolución, las Potencias extranjeras han enviado sus cañoneros de río disponibles; éstos no podrán subir más allá de Kiating, punto extremo navegable del Minvers Tchengtou.

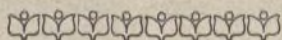
En Tchunghing, ciudad de 600,000 almas, con puerto abierto al comercio, parece estar asegurado el orden. Para mayor garantía las Autoridades disolvieron la Oficina de la Sociedad de protección de los ferrocarriles. Además, si llegaban á producirse disturbios, los extranjeros estarían pronto bajo la protección de los cañoneros.

En el momento en que escribimos estas líneas parece que la situación se ha agravado sobremanera. Los revolucionarios, emboscados en las colinas de las cercanías de Kientcheou, han derrotado un destacamento de tropas regulares, fuerte de cien hombres, obligándoles á replegarse sobre Tchengtou. Pero, una vez bajo los muros, los regulares han tomado á su vez la ofensiva, y los rebeldes han sido diezmados, dejando en el campo un centenar de cadáveres.

Corren vientos optimistas. Las tropas dícese que cumplen con su deber, sobre todo desde que han sido desarmadas algunas de dudosa lealtad, y si no se subleva toda la provincia en masa, es probable que en breve derroten á los revolucionarios. Por otra parte, es de suponer que éstos no deben estar muy bien armados, pues es muy difícil hacer llegar contrabando de armas á Seutchuan.

Enteraremos á nuestros lectores de la marcha ó fin de esta revolución, primera declaradamente antimonárquica que se declara en el Celeste Imperio, y primera que al parecer al menos tiende á hacer de la China una nación moderna á la europea.

(Continuará).



MOGOLIA PINTORESCA

LA MONTAÑA. — LA SELVA IMPERIAL. — EL LLANO

POR EL R. P. LUIS KERVYN

DEL SEMINARIO DE SCHEUT-LEZ-BRUXELLES, MISIONERO EN NUESTRA SEÑORA DE LOS PINOS (MOGOLIA ORIENTAL)

(Continuación)

II. — La aridez de los valles



AL es, pues, el aspecto del país. Para precaverse contra los rigores implacables de un clima casi polar y á fin de conquistar nuevos terrenos para la agricultura, los chinos han llegado á desmontar su país adoptivo, perdonando acá y acullá algunos árboles dispersos y alguno que otro arbusto enclenque y miserable, viejos testigos de los abundantes bosques de antaño.

Mejor que desmontar debiera haber dicho destruir, pues, en efecto, los chinos han destruído estúpidamente el país. ¿Cómo?

Mogolia es una región insuficientemente húmeda; sólo los bosques pueden corregir este defecto. ¿No es evidente que el desmonte trae consigo la sequía y la completa esterilidad? De aquí aquellas primaveras fecundas en angustias y zozobras, en que por la mañana, al despertar, el campesino consulta la dirección del viento y el estado del cielo, descontando una lluvia que se hace esperar indefinidamente, «aquella lluvia de primavera preciosa como el aceite,» dice un proverbio local, mientras los primeros tallos y las plantas se agostan y debilitan. Llegan luego los calores tórridos de la canícula. Entonces se completa la ruína y el país se presenta á los ojos del viajero vestido de desolación, estériles los valles y llanuras.

Las lluvias del verano son abundantes, torrenciales, casi diluvios. Los montes, privados hace tiempo de humus y de hierbas, no pueden absorber las aguas, que se precipitan con estrépito por sus flancos y arrancan rocas y guijarros, y al saltar por las pendientes, se abren, dividen y desmenuzan inundando las tierras del llano. Por otra parte, la avenida, hallando en la vertiente del monte un suelo más débil, abre cauces profundos por donde desciende en cascadas ruidosas, arrastrando en su corriente enormes piedras y montones de arena.

Pero sobre todo en el valle es donde el espectáculo es más desconsolador. El río, arroyuelo ayer, crece á vista de ojos, hinchase con los caudales de los torrentes de la montaña, y ya es mole impetuosa, cuyas olas cenagosas crecen sin cesar, no bastando el ancho cauce para contenerlo. Siempre hinchándose y arrastrando en su corriente cuanto se atreve á estorbarle (masas rocosas, árboles arrancados de raíz, maderamen, animales sorprendidos por la avalancha, hombres ó mujeres hundidos en el lodo al pasar el vado, restos, en fin, de mil procedencias distintas), el río azota las márgenes con frenesí y rugidos que recuerdan las voces del mar en los días de tormenta. Cada ola es un golpe de ariete

que azota los escarpados ribazos, los conmueve, socava, desgaja y sumerge, y se derrama en desordenados raudales por los campos más cercanos, cubriéndolos de piedras é inundándolos de lodo. Las cosechas quedan sepultadas debajo de tierra é irremediabilmente perdidas. Y los habitantes del país condenados al hambre.

Los campos son destruídos y transformados en desiertos arenosos: con frecuencia los lechos cambian de lugar. Raros son los valles que se enriquecen por efecto de una avenida rica en productos que se depositan en forma de aluvi6n, fertilizando las tierras.

Tales son los desastres que la tala de los montes ha acarreado al país. Repoblar las vertientes y canalizar los ríos, he aquí los únicos medios de prevenir la repetición de semejantes calamidades; pero la apatía y la superstición se oponen. «El hombre, dicen los chinos, debe dejar á la naturaleza su libre curso, si no quiere exponerse á detener el libre curso de las leyes del cielo y poner trabas á la libre expansión de los *cheun* (espíritus celestes).»

En China la construcción de los puentes y calzadas se inspira en estas ideas. Por eso, después de haber derramado una lágrima sobre su desdichado «sino,» al que atribuyen todas sus miserias, los indígenas se ponen á remediar sus males: las casas de arcilla son reconstruídas á toda prisa, las aldeas se repueblan, al mismo tiempo que los campos reverdecen. «En China, dice Reclus, el depósito de hombres es inagotable; todos los grandes desastres se reparan al día siguiente.»

III. — Estado de ruina de las vías de comunicación

Fácilmente puede imaginarse cuánto tienen que sufrir las vías de comunicación de semejante estado de cosas. No es posible formarse idea del horror que inspiran los caminos chinos en estos parajes. Aquí se convierten en depósito de piedras, cantos y guijarros; allá se empinan á lo largo de una pendiente que forma una como escalera natural con peldaños desiguales y medio arruinados, cortados en aristas vivas ó pulidos por el hierro de las caballerías; más lejos, se internan en un desfiladero, en un corredor tenebroso cavado por las aguas con la ayuda de las tierras altas. Ciertas quebradas han desaparecido sepultadas por los escombros de las avenidas; otras se han formado primero á manera de estrecha figura que con el tiempo se ha ido ensanchando y profundizando. Estrujados entre dos paredes verticales, estos caminos improvisados se prolongan como zanjás, ó fosos, ó torrentes, á través de campos y montañas.



MOGOLIA.—HERMOSOS CAMPOS DE SORGO.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn.
(Pág. 228)

«Anchos de dos á tres metros como máximo, sólo permiten el paso de un vehículo; los carreteros, á la entrada de los mismos acostumbran á dar fuertes gritos con el fin de prevenir á los transeúntes que avanzan en dirección contraria. Durante la sequía las ruedas de los vehículos se hunden en el polvo como si fuera agua; después de las lluvias se atascan en el lodazal; el camino se ha convertido en vasta laguna, en la que hombres y caballerías corren riesgo de ser sepultados; perdida su porosidad natural, el suelo de los caminos no absorbe el agua, y queda en consecuencia meses y meses convertido en asqueroso atoladero. A pesar de tantas dificultades, es imposible salvar estos caminos volviendo á derecha ó izquierda por este laberinto de quebradas.» (Reclus).

Y estos caminos están sembrados de piedras, de escombros de toda clase, de agua y de lodo, que hacen tropezar al hombre y atascarse carruajes y caballerías.

«Y menos mal si hombres y animales no tuviesen que habérselas más que con la tierra. Lo peor es que además hay agua, río ó arroyo, charco ó pantano, y no siempre puente ó barca; de aquí la necesidad de pasarlos por el vado, no sin grave riesgo de perecer ahogados, particularmente en épocas de lluvias ó en días de tempestad. Pero la nación china es esencialmente paciente; se acomoda muy bien á estas vías de comuni-

cación tan imperfectas, sin quejarse de la fatiga que experimentan ni del tiempo que pierden; casi podría decirse que los chinos no se dan cuenta del paso de las horas, y será esta una de las razones por las que estiman poco las invenciones de los «Bárbaros rojos,» encaminadas todas ellas á economizar tiempo. Sin embargo, la raza china es tan activa, que nadie duda de que en breve adoptará los ferrocarriles.» (Reclus).

Esta eventualidad no se realizará tan pronto en la Mogolia oriental, donde las transacciones comerciales son pocas y ni la industria está bastante desarrollada, ni hay suficientes riquezas naturales para sostener un medio de transporte tan costoso.

Nada más alegre y atrayente en estos paisajes tristes y desolados que los grupos de mercaderes ambulantes ó portadores de mercancías. Agueridos contra todos los accidentes del camino, apoyan en sus hombros largo palo en cuyos extremos se balancean enormes bultos, que ora son voluminosas cajas de sederías, telas de algodón, artículos de tocador, espejos, jabones olorosos, alfileres, cerillas, novedades y antigüedades otra vez en moda, que harán las delicias de las «bellas» de la comarca, dispuestas á desembolsar unas sapecas á cambio de cuatro miserables mercancías, cuya calidad y precio habrán sido de antemano largamente discutidos; ora son herreros ambulantes que recorren el distrito con dos cofrecillos á cuestas, en las cuales llevan todo

un taller de herrería en miniatura, desde el fuelle al yunque: á sus pies afluirán tazas, platos, peroles, marmitas, barreños, etc., etc., rotos ó heridos. Con un sistema de broches muy resistentes serán reparados los agujeros y reunidas las piezas en forma que la taza ó plato roto si no nuevo, quedan muy aceptables. Ora son hortelanos que van á vender en almoneda pública en un pueblo vecino, ó á despachar en un mercado de las cercanías los productos de su huerta: cebollas, lechugas, sandías, peras, melocotones, etc.

El camino se halla de vez en cuando obstruido por larga hilera de asnos ó mulos, que en cestas ó sacos medio rotos y en bloques de 50 ó 60 kgs., transportan á grandes distancias el producto de alguna mina de hulla del país; otros van cargados de vasijas de tierra cocida ó de ánforas enormes, de balas de algodón, de pieles de cabra, de astas de ciervo, de cerillas japonesas, de latas de petróleo americano falsificado, de los mil y un objetos de la industria extranjera, la mayoría «malos, pero baratos,» según la fórmula.

A veces son convoyes de camellos llevando cada uno de 100 á 120 kilos de peleterías mogolinas, balas de lana ó de tela, tés, ladrillos, etc. «Nunca he podido olvidar estas largas hileras de camellos, de paso lento y silencioso, que obstruyen casi todos los caminos. Se los encuentra por todas partes: llenan las calles y las plazas; se les ve avanzar en líneas caprichosas allá á lo lejos, en las faldas de los montes, destacándose como franja sombría y movediza en el fondo gris de las montañas y llanuras. Encarnación de la paciencia estas bestias, de talla más elevada que el dromedario del Sahara, van en grupos de cinco ó seis, pasada una cuerda por las narices, avanzando así en reata, siempre al

mismo paso, sin que el suelo retiemble bajo el peso de sus muelles pies. En las horas del crepúsculo sólo interrumpen la silenciosa majestad del nacer de la luz ó la triste del morir del día los lúgubres tintineos de la gruesa esquila que lleva colgada al cuello el animal que va detrás de la recua. Cuando la esquila calla, el conductor grita ¡alto! pues ya sabe que se ha roto una de las cuerdas que une el convoy. Vistas á regular distancia las siluetas de los camellos se agitan y serpentean silenciosos cual fantasmas, que van y vienen sin ruido, dijérase sin hollar el suelo. Lentamente la caravana se acerca, llega, al fin, y vésela pasar y perderse en lontananza como un ensueño, como el delirio de feliz imaginación.» (M. Mourier).

Pero lo que más poderosamente llama la atención del viajero europeo en estos países, son sin duda las pesadas carretas de dos ruedas, que llevan cargas de 1,500 y aun 2,000 kilos de mercancías, cereales, granos, carbón, etc., arrastradas á través de montes y valles por media docena de mulos ó caballos de singular resistencia. A veces el carro se atasca en un río, se hunde en la arena del valle ó se encuentra con pendientes de 45°. Si el tiro es insuficiente para desatascar el vehículo, se echa mano del tiro del carro siguiente, y mientras los carreteros, maldiciendo y vociferando como energúmenos, hacen chasquear sus látigos, y los descargan sobre los cansados animales, vése á éstos hacer supremos esfuerzos y emprender una marcha desesperada, haciendo saltar el carruaje, que cruje y rechina ruidosamente, por encima de todos los obstáculos del camino.

(Continuará).

LA PERSECUCIÓN DE LOS BOXERS

28 de Junio.—Persecución declarada —Captura de seminaristas —Idem del P. Elías Facchini.—Prisión de las niñas de la Santa Infancia.

Al rayar el alba del día 28 de Junio todos los sacerdotes volvieron á la Residencia para celebrar el augusto sacrificio de la Misa. Durante toda la mañana se hicieron preparativos para una formal huida. Se ocultan los vasos y ornamentos sagrados con los documentos pertenecientes á la Misión. Algunos sacerdotes chinos reciben órdenes especiales que los señores Obispos, previendo su vida en inminente peligro, les comunican. Era público que el Vicerrey había dicho á la chusma de satélites y soldados: «Cuando saqueéis la iglesia católica, sabed que encontraréis allí muchas niñas; el que entre vosotros no tenga mujer ó quiera otra, podrá escogerse entre ellas las que más le agraden.» Así que, el ilustrísimo Sr. Grassi juzgó muy bien que en el caso de un posible rapto de mujeres, las vírgenes indígenas, por ser ya crecidas, eran las más expuestas al peligro de la obscenidad y brutales costumbres de aquellos bárbaros, mientras que las monjas europeas, franciscanas Misioneras de María, serían despreciadas. A fin de

prepararlas para toda eventualidad, los Padres Franciscanos trataron de darles ánimo, exhortándolas á manifestarse varoniles, intrépidas y constantes, poniéndoles á la vista el ejemplo de heroicas vírgenes que la Iglesia católica venera en sus altares.

En el entretanto el indigno Gobernador había dispuesto una patrulla de guardias á lo largo del muro y en las cuatro puertas de la ciudad, con órdenes severas de someter á riguroso interrogatorio á cuantas personas tratasen de entrar ó salir, fuesen ó no cristianos. De suerte que cuando el primer grupo de vírgenes chinas, con algunas niñas de las más crecidas y por consiguiente más expuestas á la procacidad y obsceno frenesí de los boxers, con dos de las franciscanas Misioneras se disponían á salir en huida, se vió con indecible amargura que todo intento era imposible y aun expuesto á mayores peligros. Había, pues, que resignarse á permanecer á la expectativa de lo que ocurriera; no cabía otro remedio que acudir á la oración invocando para las almas el auxilio de la divina gracia...

Respecto á los alumnos del Seminario, el señor Obispo había dispuesto que dispersos en pequeños grupos y vestidos de artesanos fuesen saliendo para después encontrarse en un lugar determinado. Por la primera vez todos ellos, menos dos, pudieron salir de la ciudad sin novedad alguna; dos de ellos fueron reconocidos, y habiéndoseles preguntado si eran ó no cristianos y respondido sin inmutarse que lo eran en efecto, se les hizo prisioneros y fueron conducidos al tribunal de un subprefecto. La caridad, empero, movió á cinco de sus compañeros á entrar de nuevo por las puertas de la ciudad, y no pararon hasta internarse en el tribunal mandarinal para saber la suerte que pudiera caber á sus condiscípulos. En estas idas y venidas, piadosamente indiscretas, fueron descubiertos cinco más que fueron á engrosar el número de los jóvenes prisioneros. Cinco de ellos fueron sometidos á horrible tortura y al castigo de la canga, especie de cepo de más de un metro cuadrado de diámetro con aberturas en el centro y lados por donde se introducen la cabeza y manos del paciente. En este estado fueron expuestos á las burlas y ludibrio de la soldadesca canalla, sufriendo ellos con grande resignación y fortaleza de ánimo. Más adelante se dirá algo acerca del martirio de estos gloriosos confesores de la fe... A eso de las once de la mañana salía el P. Elías Facchini en carro cerrado, cuando al llegar á la puerta septentrional, los satélites que la guardaban detuvieron é hicieron descubrir el carro, haciendo prisionero al P. Elías. El cristiano que le acompañaba corrió á la Residencia para poner el hecho en conocimiento de los señores Obispos; el carretero se dió á la fuga perseguido por los satélites que no pudieron darle alcance, en el entretanto que el Padre era conducido al tribunal de un mandarín inferior. Intranquilo este pobre mandarín ante la presencia de un Misionero europeo en su tribunal, y no juzgándose con poderes suficientes para juzgarle, hizo fuese conducido al tribunal de un prefecto superior, el cual, á su vez, le condujo al tribunal del Vicerrey. Pero ¡u sien pensó que aún no había llegado el tiempo para la ejecución de sus inicuas maquinaciones, por lo que ordenó que el reo fuese juzgado en el tribunal del subprefecto, el cual, no hallando causa alguna contra él, le puso en libertad. Al volver el P. Elías á la Residencia después de la media noche, no obstante la fatiga causada por las idas y venidas de todo aquel día, y el riguroso ayuno que hubo de observar, aún tenía humor para chancarse y contar con el gracejo que le caracterizaba las peripecias de aquel día de estaciones. «Hoy he hecho de Cristo, decía. He sido conducido de Pilatos á Herodes, etc. He recorrido todos los tribunales de la ciudad. Parece que mi montaña de barbas asusta á esos malandrines.» En esto los boxers iban acercándose á la Residencia con siniestras intenciones, sólo que parece les detenía el temor de una seria resistencia por parte de los nuestros, y los estragos que en ellos pudieran causar las horribles cuanto fantásticas armas y municiones de batalla de que suponían hallábase provista la Residencia. Se decía que el número y la calidad de nuestras armas eran incomparablemente mayores y más temibles que las de los protestantes, cuya legítima defensa de aquella feroz canalla, hizo saltar de ira al Vi-

cerrey, el cual escribía á Pekín acusando á los ingleses de haber dado muerte á 3,000 (!!!) paganos. El hipócrita Vicerrey, á fin de cerciorarse de cuanto se venía diciendo, y poder en todo caso obrar con perfecto conocimiento de causa, envió un Delegado suyo y un Subprefecto que hicieran una visita *amiga* á la Residencia, y que con mentido color de consolar y defender á los Obispos, se enterasen de cuántas disposiciones allí se adoptaban para la defensa en caso de irrupción. Venían dichos señores acompañados de una numerosa escolta de soldados y esbirros, los cuales, contra toda costumbre y buena crianza, se manifestaron extraordinariamente curiosos é insolentes, en grado tal, que el mandarín cristiano Ly-fu que estaba presente, hubo de apostrofar á uno de aquellos jefes que había sido su antiguo subordinado, diciendo: «Pero ¿qué es lo que pasa? ¿Habéis venido para hacer una visita de etiqueta, ó por el contrario venís á asustarnos ó causarnos algún daño? —Creedme, respondió compungido aquel jefe, sólo por obedecer y contra mi voluntad he venido á este lugar.» El coloquio habido entre los señores Obispos y los mandarines, fué al parecer de perfectos amigos. Nada había que temer de cuanto se decía, vanas y estériles amenazas de unos cuantos bandidos, la autoridad defendería la vida de los Misioneros y cristianos. En seguida corrieron á dar parte al Vicerrey de la minuta inquisición hecha en la Residencia, según la cual constaba que los católicos no habían hecho ni pensaban hacer preparativo alguno de defensa, y que por lo tanto se podía proceder impunemente contra ellos. Al mismo tiempo el Subprefecto comunicaba al Vicerrey, que á fin de proceder con más tiento y seguridad en el cumplimiento de la misión que les había sido confiada, había puesto en libertad al P. Misionero Elías Facchini. A esta última noticia el Vicerrey, furioso, exclamó: «¿Pero cómo tú has puesto en libertad á ese diablo europeo, habiéndole tenido en tu poder? ¿Qué mandarín eres tú? ¡Bravo, por cierto, que dejas escapar de tus manos la bestia cogida en el lazo!» y levantando colérico la mano iba á darle un bofetón, que los presentes interponiéndose é implorando clemencia evitaron. Este hecho fué narrado más tarde por el mismo subprefecto cuando se hizo la paz y renació la calma.

La tarde de este mismo día llegó otro delegado del Vicerrey á la Residencia, con orden terminante de conducir todas las niñas de la Santa Infancia á una pagoda, con protestas, empero, de que ningún mal se les haría, que serían bien atendidas y cuidadas, y que la Residencia aun podría cuidar de su alimentación durante el tiempo que allí permanecieran. Golpe terrible, indescriptible, fué éste para los señores Obispos, para los Misioneros, para las heroicas franciscanas Misioneras de María. Estas no se querían separar de sus niñas, pero no les fué permitido acompañarlas. Las niñas se resistían fuertemente, gritando: ¡antes morir que salir de su casa! pero, en fin, nada se podía contra la fuerza bruta, y la inicua orden se ejecutó sin piedad, en medio de la unánime protesta de Obispos, Misioneros y cristianos.

FR. JOSÉ M.^a DE IZUARRIZAGA, O. F. M.,
Misionero Apostólico.

(Se continuará).



MOGOLIA.—MÚSICO CIEGO CON SU LAZARILLO.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn. (Pág. 228)

ESTADO ACTUAL DE LAS MISIONES DEL PERÚ

PREFECTURA DE SAN FRANCISCO DEL UCAYALI

Relación del Rdo. P. Antonio Batlle al Rdmo. Padre Prefecto Apostólico, informándole de sus trabajos apostólicos realizados en la región del Apurímac, que está á su cargo por disposición del reverendísimo Padre Prefecto Apostólico.

TENGO la satisfacción de mandarle esta relación sobre la manera cómo los misioneros Franciscanos, de nuevo nos hemos establecido en esta región de la montaña de Apurímac, del estado actual de los fieles é infieles, habitantes en esta montaña, y de la labor espiritual que se ha realizado durante cuatro meses de continuo trabajo que ha durado la visita, que por orden de V. P. Rma. he hecho, con el favor de Dios.

El 26 de Mayo de este año de 1910, con el hermano lego Fr. Blas Anaya partimos de Ocopa para Huancaayo, donde estuvimos cinco días para comprar las cosas más indispensables y necesarias para la nueva funda-

ción, y después de buscar algunas bestias de carga, continuamos el viaje hacia Huanta, á donde llegamos después de haber andado cinco jornadas por caminos ásperos y pedregosos, subiendo y bajando cerros, atravesando punas y la cordillera del *Alto-pongo*, teniendo, por remate, que atravesar dos ríos bien caudalosos, que podría evitarse pasando por un puente, aunque mal construido, que se halla á una legua de distancia del camino.

Nos preparamos para emprender la marcha á la montaña.

Acompañados del Rdo. P. José Purret, celoso y entusiasta Misionero Redentorista, partimos de Huanta el día 21 de Junio del presente año, con dirección á Quimpiriqui, lugar interior de la montaña; á donde llegamos después de cinco jornadas muy pesadas, por caminos de punas, subiendo y bajando encumbrados cerros y atravesando la cordillera llamada Rasuhuilca.

Con el favor de Dios, la protección de la Virgen María y de nuestro seráfico P. S. Francisco, el día 26 del mismo mes de Junio del año en curso, fué el destinado para que estos dos pobres frailes franciscanos llegásemos á esta montaña del río Apurímac, para restaurar las Misiones de infieles, perdidas y abandonadas por espacio de 55 años por la escasez de misioneros y por el martirio del Rdm. Padre Prefecto de las Misiones, Fr. Crisóstomo Chinini y el hermano lego que lo acompañaba. En este lugar corre el río ó quebrada denominada Quimpitiriqui, en cuya margen derecha á diez cuadras de distancia de su confluencia con el río Apurímac, los Padres Redentoristas, después de haber conocido casi todo el territorio de esta montaña, acordaron fijar una residencia, por tener un clima benigno y sano, y por ser el centro entre las regiones de Ipabamba y Chaimacota, Acon y Sana y Simariba y Samugari.

En dicho lugar, bajo la invocación de San Gerardo, edificaron una capilla é hicieron levantar una casa, y comenzaron á cultivar algunas hectáreas de terreno, que sembraron de arroz, coca, etc., para tener los víveres necesarios con que poder vivir.

Los Redentoristas, sabedores de que esos terrenos se hallan ubicados en la jurisdicción de nuestra Prefectura Apostólica, los cedieron generosa y voluntariamente con la capilla, casa y chacaras para nuestra Residencia; á cuyo fin, vino junto con nosotros el mencionado P. José Purret, por orden de su Superior, para hacernos la entrega de todo.

En el trayecto de 30 leguas, desde la confluencia del río de Cangallo, llamado Pampas, con el Apurímac, hasta la confluencia del río de Jauja ó Mantaro con el mismo Apurímac, existen un crecido número de familias de indios y mestizos del Departamento de Ayacucho, en especial de las provincias de Huanta y de Lamar, quienes cultivan caña de azúcar en poca cantidad; cultivan, empero, la coca por mayor, para abastecer los Departamentos de Ayacucho, Huancavelica y Huancayo.

Dichas familias residen en la margen izquierda del río Apurímac, en las laderas de cerros más ó menos elevados: se dividen en seis regiones, separadas unas de otras por cadenas de cerros que se desprenden de la cordillera de Rasuhuilca hasta tocar en el río Apurímac. Bajan también desde dicha cordillera unos terrenitos ó quebradas, que tributan sus aguas al río Apurímac. Pasan en medio de esas regiones los ríos Chiquintirca, Samugari, el Sana ó Santa Rosa de Simariba con Marintari, Hayna con Barsovia, Acon con Quimpitiriqui y Chaimacota con Ipabamba.

De estas familias de fieles indios y mestizos salen algunos muchachos y hombres libres, quienes bajan á las playas del gran río Apurímac, viviendo con los infieles campas, los cuales se ocupan en pescar con ellos con barbasco ó cube, tapando algún brazo del río. Se ocupan también en plantar yucas, bananos (plátanos), maní y otras cosas que producen aquellas tierras.

Los citados hombres y muchachos, por la vida que llevan entre los chunchos campas, llegan á aprender algunas expresiones del idioma de los campas; por esta razón se llaman *intérpretes*, y sirven como tales. Los demás chacareros de coca, si quieren conseguir pescado ó navegar por el río, tienen que pagar primero á ellos, y va-

larse de ellos para conseguir campas; pues son los únicos prácticos para pescar y navegar dicho río.

En ambas márgenes del río Apurímac, Enné, Perené y Tambo hay todavía muchos infieles de la tribu campa. Con la diferencia que estos campas del Apurímac, por el trato que han tenido con estos fieles cocalleros son más dóciles, sumisos y tratables; siendo ya muchos de ellos bautizados, aunque ignoran casi del todo la instrucción cristiana, por no haber tenido quien les enseñase los misterios de nuestra Religión católica.

Los campas que viven desde la confluencia del Mantaro con el Apurímac, hasta terminar el río Tambo, son del todo infieles, desconfiados y belicosos, porque se ven obligados á luchar con los mismos campas, que habilitados y atizados por algunos caucheros del Ucayali, van con frecuencia á hacerles correrías; de esto resulta que desconfían de toda la gente civilizada y hasta de los mismos misioneros. No se puede entrar en esos lugares sin exponer la vida.

Cuando en esta margen izquierda del río Apurímac hay un grupo de familias cultivadoras de la coca, señalan una loma ó cumbre de algún cerrito para panteón, en donde edifican una capilla de unos diez metros de largo por cinco de ancho. Hay algunas de estas capillas con paredes de piedra y barro; otras de horcones de madera y las paredes de cerco ó quinchas: casi todas carecen de puerta. Los techos son de hoja de palmera algunas, y otras de la hoja de caña dulce, ó bien de hierba, según lo que tienen más á la mano.

Sólo una vez al año, cuando oyen decir que llega algún sacerdote para celebrarles la santa Misa, desmontan y limpian el panteón y arreglan un poco la capilla, cuyo interior adornan con una ó dos esteras grandes de la cáscara de la caña brava, que usan todos, para tender y secar la coca al sol.

Los lugares en donde hay capilla, dan el nombre de *Pagos*. En cada *Pago* hay un mayordomo, cuyo cargo es el de cuidar y guardar en su casa las estatuas ó imágenes de la capilla y volverlas á colocar solamente cuando hay misas. Tiene también el cargo de hospedar al sacerdote que va allí.

En cada región hay nombrado un Gobernador General, y en cada *Pago* un Teniente Gobernador con uno ó dos Alcaldes y cuatro Varayos, para el gobierno y orden del *Pago*. Durante cuatro meses, dejando para otra ocasión la región de Chiquintirca, que ni los Padres Redentoristas han conocido hasta ahora, he recorrido cinco regiones, haciendo la visita, cuyo resultado es como sigue:

Número aproximado de habitantes y fruto que se ha obtenido con la visita:

En Acon y Quimpitiriqui, habitantes, 800; en Simariba y Hayno, 400; en Samugari, 1,000; en Chaimacota é Ipabamba, 2,000; en la región del Chiquintirca, 2,000; campas que residen en los prolongados ríos de Apurímac y Enné, 4,000. Total de habitantes: 13,800.

Matrimonios celebrados, 85; Bautismos, 150; Confirmaciones, 550; confesiones, 200; Comuniones, 100; pláticas ó sermones, 80.

Huanta, 19 de Noviembre del año 1910.

FR. ANTONIO BATLLE, O. F. M.

LA MISIÓN DE SAN JOSÉ DE NARGANÁ ENTRE LOS KARIBES (República de Panamá)

(Continuación)

Acabado mi relato y comentario de la carta, leyó Carlos en inglés la carta del Presidente y la comentó. Mostráronse todos satisfechos. Luego les leí de la doctrina lo que en mis días de preparación con ayuda de intérpretes había escrito. Mostraron gustarles todo. Preguntéles, pues, si, visto todo eso, se harían cristianos. Contestaron que se harían cristianos, si preguntando á Panamá, les dijera el Gobierno que se hicieran. Obedece esta disposición de ánimo á que cuando llevaron los muchachos á aprender, el Presidente y el Cacique, persuadidos de los muchos chismes de negros y de indios por causa del comercio, concertaron que ni uno ni otro harían caso de chismes, y sólo creerían de sus gentes lo que ellos dos se comunicaran.

Luego les expliqué como el día siguiente era Jueves Santo y cómo murió el Viernes Jesucristo. Todos estaban atentísimos. Propuse alzar una cruz el Viernes, y convinieron, en memoria del día y de la entrada del Cristianismo á esta tierra. Cantado el «Bendito y alabado sea el Santísimo, etc.,» á que les hice contestar como pudieron, me fuí á mi rincón de casa, donde me había hecho una alcobita con mi manta. Ellos se volvieron á reunir para comentarlo todo.

Jueves Santo, 28.—Temprano, antes de abrir Carlos la puerta, ya había gente atisbándonos por las rendijas de las paredes de tablas. Dije á Carlos que iba á decir Misa allí por vez primera, y le expliqué lo que eso era, y como los gentiles no podían asistir, pero que á él, en virtud de que ya se había declarado catecúmeno, le dejaría asistir, sobre todo que convenía hubiera alguno presente por si fuera necesario algo. Le dije cuando había de tocar la campanilla desde su sitio, para que no se aburriera en la media hora. Me pareció Carlos en muy buenas disposiciones, según la atención y agrado con que miraba todo sin hacer caso de los chicheos de los de afuera, á quienes cerró la puerta.

Me dijo en el desayuno, como le he propuesto, que se vendrá á Panamá conmigo, para que en inglés le explique el señor Obispo todo lo que le he dicho. En efecto, no sé si me explico bien en karibe. El cacique Enrique, de la isla de enfrente, que no me quiso recibir, me da mala espina. Me ha mandado llamar á su isla, que dista de esta unos tres minutos. Me hizo aguardar en una chocita, sala de espera; más tarde estuve en ella preso, como veremos. Venido, por todo saludo dice: «Dí lo que piensas,» esto es, qué es lo que pretendes con tu venida. Se lo volví á repetir, como ayer se lo dije en el vaporcito. Dijeron que no querían ser cristianos por ahora, que aguardarían los de esta isla á que volviese el cacique Carlos de Panamá, y entonces verían si harían iglesia y si se hacían cristianos. Me parece un brujo este viejo. Le dije que quería recorrer su pueblo. Me señaló dos indios que me acompañaran. Luego Enrique me preguntó si tenía padres, hermanas, hermanos en Panamá, donde yo vivía, pues ellos no

conciben como uno voluntariamente se destierre para vivir sin parientes toda la vida. Me preguntó luego si yo era casado. Dije que el Padre no puede tener mujer, pues vive como Jesucristo, y que era pecado que un Padre viviera con mujer. Les satisfizo eso ahora mucho. Luego me volví á Narganá, para llegar á tiempo á la hora de la doctrina que tengo anunciada para todos los días.

Carlos mostró sentimiento de lo que había hecho y dicho Enrique, pues se lo contó el indio mi compañero. Dijeron que esta noche en la reunión de todos se trataría si se haría iglesia y antes la cruz grande que dije.

Viernes Santo, 29.—Dije á Carlos: «No hay Misa, porque murió en tal día como hoy Nuestro Señor Jesucristo, y sólo hay rezo.» Acabado el rezo triunfó Cristo, pues me dijo Carlos que me harían una casa junto á la suya para que enseñase á los niños, y por de pronto que le bautizase á su hijo. Le he dicho no me dé á comer hoy carne. «¿Por qué?—Porque hoy murió Cristo Nuestro Señor.—¿Estás triste por eso?—Sí, y por eso no cómo carne.» Se enterneció y á cuantos venían á casa les repetía eso. «¿Luego hoy es día grande?—Sí, hijo, y por eso en mi tierra cierran hasta las puertas de la calle en señal de luto y sentimiento, y nadie va á caballo, ni en coche, ni hay músicas, ni se canta en la iglesia, ni se habla recio.—Entonces voy á poner bandera.» Desde la independencia de Panamá ponen algunos indios bandera en su casa cuando ellos saben que es domingo ó fiesta, y sobre todo Carlos, porque ha visto hacer eso en las partes por donde él ha estado. «No, hijo, que los cristianos no ponemos bandera en tal día.» Luego pensando que poner bandera daría motivo á que todos se enterasen de la muerte de Cristo, le dije: «Más vale poner bandera negra, que es señal de sentimiento.» Por no haber paño negro, se puso uno azul oscuro. Preguntando el por qué de eso, se les fué á todos explicando unos con otros la Redención de Cristo. Mandamos luego hacer la cruz grande, verdaderamente escándalo de los gentiles. En efecto, aunque con gran fervor la hicieron Carlos y cuatro ó cinco más, y se la cargaron entre todos, y con los niños que iban cantando «Santa María, Madre de Dios,» única cosa que habían aprendido, íbamos formando la primera y original procesión, otros muchos gentiles se reían y burlaban de todo eso, mientras otros muchos, hombres y mujeres, sacaban la cabeza por entre los palos que forman las paredes de sus casas para ver aquella primera manifestación de cristianismo. Los que llevaban la cruz con fervor reprendían á los que se burlaban. Llegados al sitio por donde yo entré á este pueblo, hicimos un hoyo y la plantamos. Eran las tres de la tarde del día de la Redención, y se verificaba aquí lo que en el Calvario. Unos pocos, con conocimiento de causa, estaban en pie, fervorosos, junto á la cruz; otros, niños, que no sabían lo que hacían, acompañaban con el gusto

y curiosidad de niños; otros, como judíos, se burlaban; otros, como espectadores, averiguaban qué era aquello. Hícelos á todos un razonamiento de lo que aquello representaba, y terminamos los más de rodillas unos y en cuclillas otros, y otros muchos en pie, cantando el «Bendito y alabado,» que ya sabían cantar conmigo, besamos uno tras otro de los creyentes y niños la santa Cruz, y nos retiramos, encargándoles que al entrar y salir del pueblo adorasen la santa Cruz para echar el demonio de estas tierras.

Llegado á casa los muchachos no sabían desprenderse de mí, y ¡oh consuelo y fruto de la Redención! entre los muchos que apiñados al rededor de mi silla estaban estrujándose, me echa el bracito al cuello uno y me dice: «Padre, yo quiero ir contigo, porque quiero ir al cielo; llévame á Panamá.» Primera vocación. Era un niño de mirada candorosa, de unos 8 ó 9 años, desnudito y de un corazón de oro. Y pensando él que me arredraría por verlo desnudo, añadió: «Tengo camisa;» se desprendió de mí y volvió gozoso puesta su camisita, como dispuesto ya al viaje. Lo llamé desde entonces Estanislao Kostka. A cada paso me repetía: «Llévame, Padre, que quiero ir al cielo,» temeroso que tomase á otro en su lugar. Quedé, pues, en tomarlo como hijo, y ya no se desprendió de mí en todos los días que allí estuve, hasta que me lo llevé á Panamá.

Sábado Santo.—Me preguntó Carlos al levantarnos si aún estaba yo triste por la muerte de Nuestro Señor Jesucristo y si comería yo carne de un puerco montés que habían cazado. Aunque bien pudiera comer carne por varias razones, visto el buen efecto que les ha hecho mi abstinencia, para enseñarles de paso el mandamiento cuarto de la Iglesia, que les expliqué, les dije además que ciertamente yo estaba aún con pena, y que no comería aún carne, porque en este día el Señor estuvo muerto, y por eso ni ayer ni hoy dije Misa, sino que sólo rezaba como él veía, cosa en que se fijaba mucho, lo mismo que en la bendición de la mesa.

Como ayer vino una embajada de Enrique para que hoy fuera allá á rezar la doctrina, y vi el mal efecto que á Carlos le había hecho que anoche no vinieran los de la otra isla al rezo común de doctrina y ahora saliera con esa embajada, les contesté que ya vería si podía ir. Pero aparte le dije á Carlos que yo, como no entiendo bien á veces lo que dicen, él sea el que me diga lo que tengo yo que hacer y decir. Hoy, pues, he ido á medio día á la isla de Enrique. Me han recibido unos cuantos con el cacique, pues los demás, como no entienden de orden, ni de sujeción, como animales silvestres, unos se asoman por entre los palos á verme como cosa rara, otros con desprecio quedan tendidos en sus hamacas. Me llevé cinco muchachos, que en estos cinco días han aprendido mejor «Santa María, Bendito y Por la señal,» quienes, como diligentes ganímedes, botaron la barca y bogaron con sin igual gusto. Rezaron y cantaron con admiración de Enrique y su gente. Los indios se reunieron en una casa que hace de iglesia ó casa para hablar de Dios. Este es el único tema de conversaciones en estos días.

Luego para franquearme les pedí cinco pipas ó cocos tiernos para mis muchachos y para mí, rezando antes de comer. Volvíme á Narganá trayéndome tres nuevos

discípulos, y quedaron los indios en mandarme otros cada día á las horas de aprender.

Tras tanto gozo viene un justicia, ó como ellos dicen *Urrueti*, de la tribu de *Kardi*. En su vara de autoridad traía por puño un muñeco de levita y sombrero de copa alta, obra de los indios. Dijo que le mandaba su cacique á decir que ellos no querían Padre. Recibió al embajador y oyó Carlos con desprecio, y ni le contestó, antes nos pusimos á cenar y por lo bajo me dijo Carlos el recado, que yo no había entendido. A media comida, como no le decíamos nada, el embajador se levantó y se iba. Le dije que se aguardara para que no saliera agriado; y ya que comíamos le dí un dulce y cinco envueltos en un papel para su cacique, añadiendo que le dijera que el Padre le mandaba ese regalo. Se quedó cortado, recibió el regalo y se fué sin despedirse.

Tras la cena, que es á las seis, como todos los días, fuimos á la colación ó rezo de doctrina. Hoy les expliqué los Mandamientos. Les encarecí el gran respeto que hay que tener al Padre y al cacique, y que se les quiten el sombrero. Le ha caído tan bien á Carlos eso, que estos días á todos anda diciendo se quiten el sombrero. Todos van descalzos, muchos desde la cintura arriba desnudos, pero con bombín en la cabeza. Compran eso y las demás cosas de civilizados de los yanquis que por acá vienen á buscar cocos, moneda del indio.

Tras la explicación hubo una gran discusión que yo no entendía, porque hablaban muchos como suelen en sus juntas, y en karibe alto ó selecto, propio de sus cultos. Me dijo el intérprete en su media lengua que estaban comentando lo del embajador de Kardi dicho, y estaban indignados contra aquella tribu, alegando que yo enseñaba bien y que me querían, si bien no me harían ahora casa porque eso es cosa que pide tiempo, y primero tenían, según el trato que el cacique había hecho con el Presidente, que preguntar á éste.

«Después que digan en Panamá, vivirás con nosotros,» añadían.

IV

Semana de Pascua.—Río de Narganá.—Sabiduría de los indios.—Su cementerio.—Adelantamiento de los catecúmenos.—Va separándose la cizaña del trigo en la futura cristiandad.

Domingo de Pascua, 31 Marzo.—Apenas amaneció ya estaba la casita de Carlos, mi posada, rodeada de los indios. Trajeron flores, como les tenía advertido, para la santa Misa. Arreglamos el altar portátil sobre dos barriles de azúcar bien cubiertos con ropas: cosa más aparente no había. Me llama Carlos aparte, y dice: «Aunque no dejes entrar á los indios á la Misa, pero deja entrar á mi mujer y á mi chiquito.—Concedido, puesto que eres cacique catecúmeno y quieres que ellos se bauticen.» Salieron con dolor de la casa los demás y cerramos la puerta, única casa en el pueblo que la tenía tal. Apoderáronse, pues, los indios de las rendijas para observarnos. Los convidados á la Misa estuvieron como clavos, incluso el chiquitín, admirados del ropaje y demás, todo nuevo para ellos. Al *Gloria in excelsis* tocó la campanilla Carlos, como estaba advertido, y contestaron de fuera los apostados con salvas

de escopetas por la Resurrección del Señor, que atrajeron á otros gentiles, preguntando la causa de todo, enterándose así con gran ansia del misterio. Tras la Misa les puse sendas medallas á los asistentes á la Misa. «Ahora ya no estarás triste, dijo Carlos.—No.—¿Entonces comerás carne?—Sí.» Preparó, pues, un suculento desayuno. Acabado dijo: «Padre, ¿quieres pasear, nos bañaremos?—Lo que tú dispongas.» Montamos á un tronco de más de braza de ancho, vaciado, que son sus barcas, llamadas *urkagolo* ó *cayuco*, y con el Cacique, un noble y dos bogas nos fuimos al río hermoso de Narganá, en frente de la isla, á veinte minutos. Estando á distancia suficiente dispararon de la isla un cañoncito de dos palmos, como para hacernos salvos. Orando el Cacique, decía: «Padre, disparan por nosotros.» En el camino, deshaciéndose el Cacique por contentarme, iba explicando cuanto veíamos y decía los nombres de cada hierba, raíz, hoja, fruto, pez, insecto y cuanto veía en las hermosas orillas del río. Al fin, rebosando, dijo: «Mira, Padre, nosotros sabemos el nombre de todo lo que vemos.» ¡Grande y admirable sabiduría de los hijos de Adán! ¡Le faltaba aprender lo de hijos de Dios!

Remontándonos por el tortuoso río nos íbamos encontrando con los *urkagolos* de las mujeres que regresaban de coger agua y lavar ropa, faena á que salen á las cuatro de la madrugada todos los días en general. ¡Oh qué pintoresco el sol entre aquellos ramajes iluminando las abigarradas chambras de las mujeres, manejando sus cayucos con suma destreza, viendo tanta variedad de flores, frutos, peces y pintadas aves! Cuando ya pasamos los recodos á donde no suele subir gente á lavar, dijeron: «Aquí á bañarnos,» y con toda naturalidad ya se desnudaban, cuando les dije cómo se habían de dejar ropa ó separarse por los recodos. Así se hizo.

Luego me fueron mostrando su cementerio, cabe el río. Entierran poniendo chozones para cada familia, como viven en sus pueblos. Hay, pues, aquí dos pueblos, uno de vivos y otro de muertos. En la sepultura ponen cuanto el muerto tenía, y desde que hace algún tiempo algunos dieron en comprar baúles; el baúl lo ponen sobre la sepultura, por no tener que hacer el hoyo tan grande. Queman incienso á los muertos y les ponen comida hasta que piensan que el difunto se acostumbró á comer lo de la otra vida. Tras el entierro de uno se bañan todos los que han venido en la comitiva, y se purifican y vuelven á casa como si nada hubiera sucedido, pues entre karibes es mala educación mentar á los muertos ni para preguntar de qué ó cuándo murió un pariente.

Venidos á casa preguntaban todos al Cacique: «¿Dónde habéis ido?—A bañarnos y á ver el *Uandá*, ó cementerio.—¿Qué ha dicho el Padre?—Al ver el cementerio ha tenido mucha compasión de los muertos, se ha arrodillado y ha rezado.» Así son de preguntones cada día y de todas las cosas, como verdaderos niños, y por eso ya prescindo de ellos, pues cuando rezo, leo ó en cualquier circunstancia estanme preguntando, y ya sólo les contesto cuando me llaman la atención. Para que me dejen he puesto una pizarrita donde hacen sus garabatos, queriendo todos probar, otros están en grupos todo el día yendo y viniendo aprendiendo los rezos de la doctrina. Al que aprende el *Ave María* y la señal de la Cruz le pongo nombre de algún Santo de la Compa-

ña, y treinta mil veces me preguntan después: «¿Yo cómo me llamo?» Para distinguirlos les pongo por apellido el nombre gentil de sus padres. La primera operación para enseñarles á rezar es enseñarles á abrir la boca y gritar; segunda operación, que se sienten; tercera operación, que abran la boca y griten sin reírse. Que digan disparates aunque sea medias palabras, lo cual celebro mucho con un dulce para que se animen. Cosas tan llanas entre nosotros como repetir lo que otro ha dicho, no es tan hacedero para los que viven en la atmósfera que nuestras gentes no conocen.

He ido á visitar esta tarde á un indio que es todo un caballero. A éste conocí yendo yo de Colón á Panamá. Con fina atención me ha enseñado su grande y desnudo chozón, presentándome sus dos hijos y cinco hijitas, las cuales han de ser su futura grandeza, pues las muchachas no salen de la casa paterna, sino que vienen á ella los maridos como operarios del padre de las muchachas, verdadero patriarca. Es, pues, aquí dicha tener hijas, que nacen menos, y no hijos. Luego me enseñó un hijito de dos meses envuelto en la hamaca. «Mira, Padre, cómo duerme el chiquitín.—¿Por qué no me lo das para hacerlo hijo de Dios?—Sí, sí, hazlo hijo de Dios, que me alegraré mucho.—Pues ahora mismo,» dije viendo tan racional al padre, pensando que su Ángel de la Guarda ayudaría para fundar esta cristiandad en indios que hasta ahora se han cerrado, y los demás monteses se cierran á admitir aún al Padre. Tuve grande consuelo, y ante los muchos asistentes lo bauticé en mi rincón, explicando las ceremonias en karibe para no crearme en lo sucesivo prejuicios gentilicos, como algunas veces ha sucedido. Queda el padre gentil en que si yo muero ó no volviere aquí, él traerá el niño al obispado y explicará mi obligación de Padre espiritual, pues no hay quien pueda ser padrino, para que el señor Obispo, cuyo nombre de *Francisco Xavier* lleva (Smit es el apellido del padre natural), procure la enseñanza del agraciado y primer cristiano de esta gentilidad (1). No quiero bautizar más, aunque algunas madres me traen sus hijitos, porque creo me basta un ángel de ayudador y no veo aún seguridad de que estos indios me admitan de asiento, ni en ellos veo el juicio ó formalidad de mi Smit (2). Sólo me he comprometido á bautizar ahora á mi ida en Panamá al hijito de Carlos, si vemos que la obra de esta cristiandad da esperanzas fundadas de seguir.

5 Abril.—¿Cómo explicaré lo que es un pueblo gentil de éstos? Diciendo que es como una jaula de locos. No se confunda á la familia de Carlos y á individuos particulares con lo común. En efecto, desde que vine, á todas horas estoy enseñando doctrina; pero unos siguen el rezo, otros se dejan de eso y cantan desafinadísima-mente, otros tendidos panza arriba chupan caña, otros pegan una carrera por el chozón y se van á traer algo que resigar mientras aprenden, otros ríen, otros lloran, otros se pellizcan, otros se paran, otros se estiran, y yo

(1) A primeros de Agosto 1911, vino ya el niño por su pie á la Doctrina, acompañado de su hermanito mayor el catecúmeno Francisco Magallanes, por lo que le di á conocer al pueblo, y le regalé una camisita. Han quedado huérfanos por muerte de su padre Smit.

(2) Smit á los dos años, con ocasión de la muerte á fuego lento, como se dirá, de su padre, se hizo furioso karibe y murió gentil hace año y medio.

rezándoles á todos, prescindiendo de cada uno, atendiendo sólo á los que van adelantando para hacerme de maestros, que alivien mi garganta y enseñen en corros cuando haya logrado ponerles algo de orden, como en otras partes me ha pasado. Los voy atornillando, pero muy suavemente, para que no se me vayan. Se va logrando ya que al entrar en el chozón me vengan algunos á saludar besando la mano y diciendo: «Alabado sea el Santísimo Sacramento,» y que al irse no salgan escapados, sino diciendo á dónde van, aunque no se puede impedir que estén en continuas entradas y salidas. ¡Cuánto cuesta formar hombres! El Padre Eterno tuvo que mandar á su Hijo para cambiar el mundo. Se ha logrado ya que veinticinco sepan «Por la señal,» etcétera, y el *Ave María*, y otros tantos sólo *Santa María*, etc., con lo que ya rezamos el Rosario á dos coros, diciendo cada *Ave* uno diverso que dirige á su coro, y otro que canta el *Santa María* dirigiendo al pueblo. Esa expectación de ver cada uno cómo lo hace y el deseo de atinar, hace que haya mucho entusiasmo en aprender. Tras el tal original rosario les enseño las preguntas de la doctrina *de necessitate* y les doy las explicaciones, siempre las mismas. «¿Por qué empezar por el *Ave* y *Santa María* y por las preguntas esas?—Porque son las ideas que más fácilmente entran en cabezas salvajes, y lo que importa es que se les quede en este primer viaje algo que ellos canten y repitan fácilmente, y en lo cual se puedan entretener buen rato.

Veo que comentan mucho y les hace fuerza que Cristo encargó su Iglesia á San Pedro, y que Pío X, sucesor de Pedro, encargó al señor Obispo que me mandase á enseñarles, so pena que el que no quiera aprender eso se irá á la casa de los demonios á que le duela todo el cuerpo, quemándose siempre.

Para mostrar el adelanto, esta noche pasada, concluido el rezo y el sermón llamé á una niña de unos doce años. La persona más difícil entre gentiles es la mujer. A pesar de todo, la niña con gran docilidad salió en medio del gran corro y rezó sola todo lo enseñado, con admiración de los presentes. La he llamado Teresa de Jesús, porque su natural, modesta y grave jovialidad, me recordó la Santa. Dios haga siga así hasta ser cristiana (1). La cristiandad entra por este orden en los indios gentiles: alguno ó algunos hombres desean ser hijos de Dios, á veces por motivos humanos. Con eso admiten al Padre. Los primeros en aprender las prácticas cristianas son los muchachos, luego los hombres, luego las muchachas, luego las mujeres, luego los viejos, luego las viejas. Dice, pues, eso el orden ó escala de juicio entre los indios.

Pues á pesar del bellissimo espectáculo del rezo de la doctrina, amenizado con los cánticos y examen dicho, no se ha doblegado el perverso Enrique. Mientras to-

dos los muchachos con sin igual amor y entusiasmo y piadoso alboroto peleaban por tomar agua bendita y besarme la mano para salir del chozón, improvisado oratorio, cogí por la mano á mi fiel Carlos y á mi perverso Enrique y me los llevé á mi rincón. «¿Por qué, Enrique, no veniste ayer á la doctrina?—Me dolía la espalda.—¡Gran bellaco!» Le repetí mi embajada de San Pedro, etc. Dijo que todo estaba bueno. «¿Pues entonces me voy á quedar entre vosotros?» Se rió sarcásticamente. Dije si me quería. Dijo que sí, porque todo lo hacía bien. «Entonces me hacéis casa aquí al lado de la de Carlos.» Se rió por no decir que no. «No estoy por juegos, Enrique; el señor Obispo y el señor Presidente me mandan para enseñaros; así, pues, me tenéis que hacer una choza para que diga Misa, bautice y enseñe el camino del cielo.» Saca Carlos la carta del Presidente y le leyó lo que dice que me ayuden. Dije que el modo de ayudarme es haciéndome la choza, obra de un día si se ponen todos á ello. «Entonces, dijo, sí, te haremos casa, pero ahora no, porque primero tenemos que consultar al Presidente, segundo porque ahora tenemos que rozar y coger tortugas.—Está bueno, pues ¿cuándo la haréis?—Al mes que viene.—Arreglado;» vi que eso era una evasiva para dilatar. Les di un dulce á los dos Caciques y tres asesores, que, como principales y testigos, dejé entrar á la reunión y son los más racionales.

Pues, á pesar de lo dicho, apenas salidos de mi casa, les dice Enrique á los dichos y á los que aguardaban á la puerta: «Vamos al chozón del consultorio.—Ya la tenemos, dijo el Cacique Carlos; se va á desdecir; acuéstate, Padre, ya te diré lo que haya.» Oía yo el alboroto de la disputa desde mi catrecito: unos á mi favor y los más en contra del Padre, pues habían venido muchos de la isla de Enrique.

Día 6 de Abril.—Antes de la Misa, aunque el considerado Carlos no me suele hablar antes de ella, hoy me dijo: «Padre, los indios son muy malos. Todos los viejos no quieren que haya Padre entre nosotros. Dijeron que iba á venir el Cacique general, entre ellos equivale á un Sumo sacerdote rey, un Zhar de Rusia, y por de pronto ha dicho que por qué te hemos admitido en esta isla y que ha de hacer matar á Enrique y á ti. Pero no tengas miedo, porque esos monteses ya nos tienen miedo á los isleños y no vendrán.—Pero, hombre, ¿no dijo anoche Enrique que harían la casa aquí dentro de un mes?—Te engañó; los indios son muy malos.—¿Que no creen en Dios?—Sí, creen en lo que tú les dices.—¿Y creen que irán á quemarse, si no tienen Padre?—Sí, lo creen, pero no quieren entren Padres ni extranjeros ó *huacas*.—Pues, ¿cómo lo arreglamos, Carlos?—Padre, no me oyes porque no tienen cabeza, son como animales, que no piensan más que en comer, beber y vivir vida de bestia; yo paso todas las noches pensando cómo los sacaré de ese estado, y le pido á Dios que todos aprendan á leer y vean la Santa Biblia como yo.» ¡Pobre Carlos! no sabe él el milagro que Dios le ha hecho, que á pesar de haber estado entre protestantes, porque, *diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*, ha sido todo para su bien. Cree que á los demás con sólo leer la Biblia les pasaría como á él, sin tener su bondad de corazón.

(Continuará).

P. LEONARDO GASSÓ, S. J.

(1) Ha seguido así, y en Enero 1911, se bautizó y casó á la cristiana, pues su gentil padre la casó el año pasado á lo gentil, y por su fervor se encargó de cuidar de la lámpara del Santísimo con otras. Tuvo una niña, y aunque á todas las niñas les agujerean la ternilla de la nariz á los pocos días de nacidas, con aguja é hilo que le enseñan con manteca de cierto coco al principio hasta que se les cicatrice el agujerito, y luego ponen una barrita de plomo que lo ensanche para luego ponerles un anillo de oro que le van aumentando según la edad; Teresa, por mostrarse cristiana, sin resto de gentilidad, fué la primera que contra el parecer y sentir de los indios que se le opusieron, no ha hecho el agujerito á su hijita Teresita. Esa Teresita está hoy en el cielo. Dichosa criatura que tuvo tan buena madre.

LOS MÁRTIRES DE UGANDA

RELACIÓN TOMADA DE LA HISTORIA DE LAS MISIONES DEL AFRICA CENTRAL
POR UN PADRE DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

(Conclusión)

9.—Última batalla y victoria

Una paz profunda reinaba en toda la colonia. Hacía tiempo que el sol se había levantado de las aguas del Nyanza y se elevaba ya considerablemente en un cielo despejado. Una tranquilidad solemne dominaba toda la naturaleza. Flores de mil matices diferentes exhalaban olores aromáticos en árboles y plantas, y en el transparente y purísimo aire se armonizaban los cantos variadísimos de un número sin número de aves. En tan hermosa mañana el europeo católico, casi sin quererlo, tenía que recordar la fiesta solemne del Corpus Christi, en la que allá al norte el Cuerpo del Señor es llevado en procesión en medio del pueblo fiel por las calles engalanadas de las ciudades y de las aldeas. Una cosa no más faltaba: el alegre repique de las campanas; pues la procesión se acercaba ya. A la verdad, más bien parecía una comitiva fúnebre la que atravesaba la última puerta de Rubaga; pues en dos filas avanzaba por la carretera un pelotón de niños con esposas en las manos. A pesar de todo, era una procesión sublime; el glorioso ejército de los mártires de Uganda hacía su última jornada, para ofrecerse en sacrificio por Aquel que primero había muerto por ellos, á fin de redimirlos con su sangre; por Aquel que también para ellos reposa en el Santísimo Sacramento del Altar, donde cada día se sacrifica de nuevo por todo el mundo, sin excluir á los pobres paganos del Africa.

Habían llegado ya á la cumbre de la colina Namugongo los treinta y cuatro pajes de honor con sus verdugos. A sus pies se extendía, en cuanto podía alcanzar la vista, la extensa superficie de las aguas del Nyanza. Por oriente y occidente se alzaban los montes y bosques de su patria, y si volvían atrás los ojos, podían ver por última vez las chozas en que habían nacido, sobre las que se destacaba el tejado de la casa Misión, en la que la última noche habían recibido una vida más preciosa y en la que se les habían abierto las puertas del cielo, que bien pronto iban á atravesar para gozar eternamente. Era la hora de la santa Misa, de suerte que su sacrificio iba á fundirse con el del divino Salvador.

Aquél era el lugar que José Mkasa días antes había santificado con su admirable martirio.

Empezaron los preparativos del cruento espectáculo. Los siervos del primer verdugo disponían oportunamente los haces, que desde el día que sucedió á la fracasada cacería del rey, se hallaban allí. El verdugo se resistía todavía á ejecutar la sentencia. Con todo y ser tan inhumano, la vista de treinta y cuatro niños, que sin temor caminaban á la muerte, no dejó de impresionarle profundamente. Los ojos de aquéllos resplandecían con el fuego de un santo entusiasmo; tan alegres no los

había visto él nunca, ni aun cuando marchaban á sus danzas y juegos. Esto sólo tenía explicación en la hechicería; por eso se determinó á salvar á los ilusos.

«No necesitáis más que declarar que no rezaréis en adelante; eso no tiene nada de difícil,» empezó á decir; pero antes de que pudiera proseguir, resonó un clamoreo: «Mientras vivamos, jamás abandonaremos nuestras oraciones.»

«Pero Muanga os perdonará, si vosotros...»

«Excusa palabras inútiles, no queremos gracia alguna, si por ella hemos de ser infieles á Kalonda.»

Entonces intentó el verdugo hacer apostatar por lo menos á los tres más pequeñitos, que apenas tenían doce años, Simeón Sebuta; Dionisio Kamiuka y el neófito Uelaba; pero todo fué en vano; porque también ellos respondieron con la misma resolución que sus compañeros.

El verdugo no insistió más en su intento; pero en secreto esperaba él, que la vista de los tormentos de sus compañeros había de poder más con los pequeños que sus palabras. Pero también en esto se había de equivocar.

Entretanto los primeros confesores habían sido envueltos en haces de juncos secos, y los iban colocando á todos en la misma dirección. Pero parecía que no habían pensado en el pequeño Simeón y sus dos compañeritos.

«¿Dónde está mi sitio? cada uno tiene el suyo, yo quiero el mío,» exclamó el niño lleno de angustia, porque le querían quitar la corona de la victoria. Aparentemente accedieron á sus deseos, pues le ataron lo mismo que á Dionisio y á Uelaba, pero apartado de los otros. Los siervos del verdugo, concluidos los preparativos, sólo esperaban la señal de su jefe, para pegar fuego á los haces. Sin embargo, Mkadjanga parecía no pensar en ello. Retirado á un lado, estaba de pie bajo una palmera, á solas con su hijo cristiano. A aquel hombre rudo el corazón se le quería salir del pecho, al pensar que tenía que entregar á las llamas á su propio hijo. Había cogido al muchacho por la mano, le daba los nombres más regalados, le suplicaba que abandonase la desdichada ilusión que le iba á costar la vida; el niño perseveró constante.

«¿Estás loco? repuso de nuevo el padre. ¿Sabes lo que es ser quemado vivo?»

«Sí, padre mío; pero si ahora soy infiel, me abrasarán eternamente.»

Mkadjanga hizo una señal y sus esclavos pegaron fuego á los haces secos, que estaban á los pies de aquellos héroes. Brillantes ondeaban las llamas hacia lo alto; crepitando se extendieron por los haces hasta que al fin, como serpientes venenosas, se lanzaron sobre las víctimas. El hijo del verdugo juntó las manos para orar.

«¿No ves tú, gritó su padre, no ves qué tormento?»

«Ya llega el fuego á tus plantas; ¡oh, qué dolor tan terrible! si aguardas un momento más, tu carne abrasada se desprenderá de tus huesos á pedazos, y tú seguirás viviendo. Afluirán á tu corazón todos los dolores, y con todo no morirás todavía, hasta que las llamas lleguen más arriba. ¿No ves cómo ni moverte puedes y que estás tendido como en una cama de fuego? ¿Puedes tú sufrir esto, niño?»

«Sí, padre mío, por Kalonda.»

«No, tú no debes morir.»

«Sí, debo.»

«¡Hijo mío! no debes. Haz sólo lo que te mando; no necesitas dejar tus oraciones, basta que me sigas á un escondite seguro, donde ningún sacerdote de Msimu ni el mismo soberano te pueda descubrir.»

«No, padre, no; yo no quiero esconderme, fué su respuesta. Tú eres esclavo del rey; si no me matas á mí, te matará. Yo no quiero eso, yo iré al cielo, porque muero como cristiano; pero tú eres pagano todavía. Quítame pues la vida y entonces yo rezaré por ti, para que tú también aprendas á orar con los Padres blancos.»

Para evitar á su hijo el tormento de las llamas, mandó á uno de sus siervos que le diese un fuerte golpe en la nuca con un palo. El niño cayó muerto á tierra y fué de nuevo colocado como los demás en el montón de haces. Las llamas envolvieron inmediatamente los sagrados despojos del mártir, quien había atendido á estas palabras del divino Maestro: «El que ama á su padre ó á su madre más que á Mí, no es digno de Mí.»

Entretanto los tormentos de los mártires de la fe llegaban al último grado de crueldad. La esperanza de sus verdugos, de que alguno de ellos mostraría debilidad y negaría la fe, resultó mentirosa y vana. A todos sus dolores tenían que añadir los amargos reproches y burlas de los que los atormentaban.

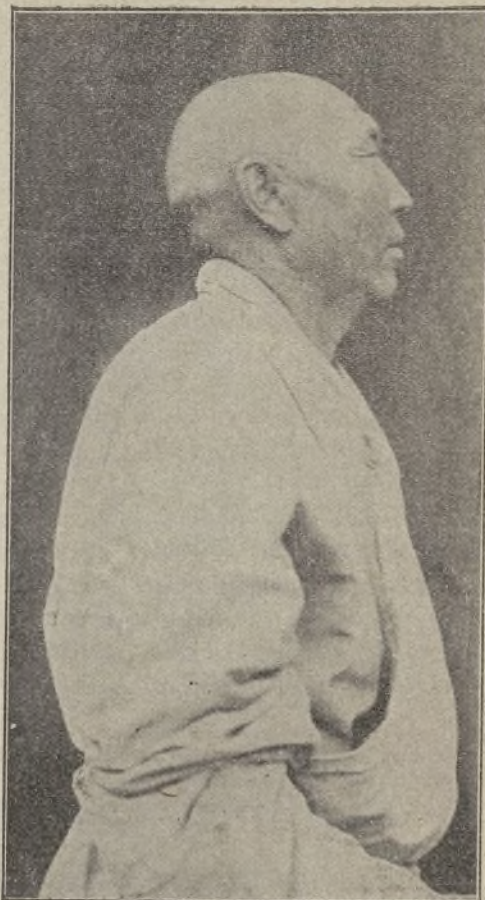
«No os matamos nosotros, les decían; los Lubalis (ídolos), á quienes vosotros llamáis despectivamente Masitani (diablos), son los que os matan.»

«Si el diablo es el que nos quita la vida, clamaron varias voces desde las llamas, entonces vosotros sois sus servidores.»

La oración en común, en que desde el principio prorrumpieron con fuerza los treinta y un héroes (pues tantos eran, desde que pusieron aparte á los tres juveniles), se iba debilitando poco á poco. Algunos habían terminado la lucha y habían sido ya coronados con la diadema eterna de la victoria. Media hora después de haber dado principio á la ejecución se apagaron los últimos haces; y una fila de cadáveres, medio quemados y cubiertos de ceniza, se ofreció á la vista de los espectadores. Eran las reliquias venerables del glorioso escuadrón de los treinta y un mártires de Uganda. Los tres niños que sobrevivieron, por mandato de Muanga fueron arrojados á la cárcel, en la que debían permanecer hasta principios del siguiente año. En cuanto recobraron la libertad, corrió Simeón á los misioneros, para llevarles los últimos saludos de los mártires.

«Todos, así rezan sus palabras, me han encargado en sus últimos momentos que os salude y os diga que morían fieles á la religión. Muy especialmente me

dió este encargo el pequeñín Kisito. Nosotros mismos creíamos que el rey intentaría obligarnos á los tres á hacernos mahometanos, y estábamos resueltos á no ser infieles por nada del mundo; pero no se le ocurrió esto á Muanga; nos preguntó únicamente si queríamos más



MOGOLIA.—UN LAMA MOGOLIANO.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn.

(Pág. 228)

ser libres ó permanecer en la cárcel. Naturalmente, como el soberano nada nos habló de religión, le contestamos: «Señor, nosotros preferimos la libertad», y al punto dió orden de soltarnos.»

No hace mucho, escribía un misionero sobre el mismo niño una larga carta, de la que tomamos las siguientes noticias:

«El pequeño era antes muy revoltoso y siempre se estaba riendo. Después ya fué otra cosa; parece que lleva siempre ante los ojos el heroico ejemplo de sus compañeros. Últimamente vino á mí y me pidió un libro piadoso. «Pero si te ven con el libro, te van á llevar de nuevo á la cárcel, le dije.—«¿A la cárcel, á la cárcel?» fué su respuesta, y me miró con unos ojos, como quien dice: Eso bien me lo sé yo. Como Simeón debía entrar de nuevo de paje del rey, le recordé los peligros que allí le aguardaban, y le dije: «Mucho tendrás que luchar allí, porque las malas compañías que te han de rodear, procurarán pervertirte.—Sí, eso es verdad, repuso el muchacho, pero quede sin cuidado, Padre, yo permaneceré fiel y constante, aunque me aten y aunque me arranquen la vida, si quieren.»—

Después de tan sangrientas escenas renació la calma, pero seguros no se hallaban los cristianos en manera

alguna. Es cierto que después de la ejecución de los mártires visitó el rey dos veces la Misión: pero no era lo bastante para abrir el corazón á la esperanza. Ya en su primera visita se mostró el rey tan confiado, cual si no hubiera pasado nada. Registró toda la casa de los Padres, se tendió en las camas, se sentó á las mesas, abrió todos los armarios y cajones y quiso verlo todo. En ello no mostró ninguna preocupación de faltar en lo más mínimo á su regia dignidad. En su segunda visita llamó poderosamente su atención la pila del agua bendita del P. Lourdel. Quiso examinar su contenido, y con tan poca gracia lo hizo, que lo vertió completamente sobre sus crespos cabellos. Después empezó á recitar el Credo, que tiempo atrás había aprendido; desgraciadamente le habían aprovechado bien poco las verdades que contenía; pues continuaba asistiendo, como antes, á las oraciones de los árabes y criticando duramente á los cristianos, porque no querían hacerse musulmanes.

A pesar de la inseguridad de los tiempos, la religión cristiana iba ganando cada día nuevos adeptos. También en Uganda parece que la sangre de los mártires es semilla de cristianos. El celo de los neófitos dió gallarda prueba de sí mismo en la guerra que emprendió Muanga contra el príncipe de Bunyoro. Durante la campaña encontraron en sus marchas los guerreros cristianos de Uganda no pocos pobres niños, que sus padres habían abandonado en su fuga. Los paganos, segura-

mente, no los hubieran recogido, sino que más bien los hubieran matado; en cambio, los valientes cristianos se compadecieron de ellos y á no pocos les administraron el santo bautismo. Por desgracia, no en todas partes pudieron realizar esta obra de celo, por no hallar agua á mano. Antes de salir estos valientes á la segunda campaña contra Bunyoro, acudieron todos á pesar de las amenazas del rey, á recibir, quizás por última vez, la sagrada Comunión.

Para no exponer á una nueva persecución á los niños huérfanos que mantenía la Misión, se los fueron llevando los Padres poco á poco al reverendísimo Obispo de Bocumbi, Monseñor Livinhac, para mayor seguridad. Duro era esto seguramente para los pobres negritos, quienes también aman con gran cariño á su tierra; pero siempre es preferible perder la patria á perder la vida.

Veinte años hace que la sangre inocente y pura de aquellos valerosos negritos regó el entonces tierno arbusto de la Misión de Uganda, transformado ya en árbol gigantesco, á cuya benéfica sombra se guarecen tribus y tribus, cada vez en mayor número, que, llenos de lágrimas los ojos y de amor los corazones, repiten cada día los nombres de los treinta y un pajecillos de Muanga, que en los cielos juegan con los Angeles y piden á la Santísima Virgen María la conversión de los negros de Uganda y de toda el Africa.

FIN.

BIBLIOGRAFIA

De las *Lecturas Católicas*, que en Sarriá publican los Padres Salesianos, hemos recibido el tomito correspondiente al mes de Octubre, que contiene la primera parte de la novela *Emilio ó el Esclavo argelino*, escrita en francés por la señora Dubois y traducida por el Dr. Fraga.

Pequeño Catecismo del Matrimonio, por el Rdo. Sr. D. J. Hoppenot, Pbro., traducido del francés por el Rdo. D. José Perallo, Pbro.—*Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona.—Recomendada por larga lista de sabios Prelados, Religiosos y publicistas católicos de la vecina República, esta obra, que está basada en las enseñanzas de la teología moral cristiana, puede hacer mucho bien. Su lectura será excelente preparación para los que aspiren al estado del matrimonio, cuyo carácter sagrado y santidad enseña y demuestra. Escrita con gran discreción, puede ser leída no ya sin aprensión por el más cuidadoso lector ó lectora, sino también con la seguridad de que ha de serles muy útil. La recomendamos á los que aspiren al santo Matrimonio y á cuantos prediquen ó enseñan de este Sacramento, tan desnaturalizado y prostituido por las modernas legislaciones anticatólicas.

Manual de pedagogía, ó sea, exposición de los principios fundamentales de la educación y de los métodos de enseñanza, por el P. Carlos Lasalde, de las Escuelas Pías.—*B. Herder, editor, Friburgo de Brisgovia*. Precio, 4'50 ptas. rústica y 5'50 tela.—Fué el P. Lasalde uno de esos talentos privilegiados que admiran por lo vasto y variado de sus conocimientos. Enamorado de los niños, á fuer de buen Escolapio, á educarlos consagró sus fuerzas y actividad. Fruto de su experiencia y talento es el Manual que nos ocupa, obra póstuma de tan esclarecido autor. Es notable en especial el estudio

del niño, el cual va precedido del de los agentes de la educación y seguido del de los medios educativos. Lo dicho forma el primer tratado; el segundo estudia la pedagogía preceptiva. Es obra que deben leer todos los educadores y cuantos aspiren á serlo, pues es la síntesis de cuarenta años de estudio y práctica en el magisterio.

Rudimento linguae hebraicae, scholis publicis et domesticis disciplinæ brevissime accomodata, scripserunt Dr. Chr. Herm. Vossen et Dr. Fr. Kaulen. Nona editio quam recognovit et auxit Prof. Jacobus Schumacher.—*Editor: B. Herder, Friburgo de Brisgovia*.—Cuanto estudiamos hebreo en la interminable gramática del Dr. Viscasillas nos encantan estas gramáticas brevisimas: que en cien páginas de letra no pequeña pueda resumirse la gramática hebrea, parecerá poco menos que cosa de magia á cuantos estudiaron la meritísima descomunal gramática citada. La presente, además de por su brevedad y claridad, que nos recuerda la no menos hermosa del actual catedrático del Seminario de Barcelona Dr. D. Juan Bautista Codina, Pbro., merece recomendarse por los numerosos ejercicios prácticos que aclaran al alumno las reglas del texto.—C.

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA
PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—J. S. 10 Ptas.

Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.—1911